

vocados en el salón del hotel principal del lugar para hacerme conocer los cantares populares de la región. Parte de esos versos y melodías se encontrarán transcritos en el capítulo final.

Prominente en los preparativos de este torneo fue el Inspector de Instrucción Pública Don Manuel Celerín, y lo patrocinaron, según entiendo, el Gobernador, Don Isaac Moreno, y el Alcalde, Don Elías Cedeño.

Esa noche debíamos hallarnos de regreso en Chitré. El Gobernador Solís había acordado ofrecerme un banquete en el Hotel Internacional del Sr. Martín, en prenda de estimación y simpatía. Con esta demostración amistosa, la primera autoridad política del lugar quería compensarme sin duda de la pobreza folklórica de la cabecera de la Provincia y darme pruebas al mismo tiempo del nivel y la eficiencia sociales alcanzados en Chitré, a la que en vano aspirarían muchos otros pueblos del interior. Nos sentamos a la mesa el Gobernador Solís,



Altar mayor de la Iglesia de Los Santos

el Alcalde Porcell, el Diputado Don Francisco Chiari, el Secretario del Gobernador, Don Ramón Crespo; el Dr. Bolívar J. Márquez, el Inspector de Instrucción Pública, Don Ulpiano Rodríguez, el Capitán Don Justiniano Mejía, Don Sebastián Picota, Don Diego Solís, Don Ricardo Rosas, Don Arturo Pérez, los señores Ríos, Collado, Salerno, Huerta, el invitado de honor y su compañero el Ingeniero Henríquez.

No podía retirarme decentemente de Chitré sin visitar al Reverendo Padre Melitón Martín, Cura del lugar y hermano del propietario del Hotel Internacional. El Padre Melitón, como se le llama familiarmente en el pueblo, sin ser nativo panameño es una

reliquia del lugar. Ha vivido allí casi toda su vida, dedicado al progreso de esa región y a la difusión entre sus feligreses de los ideales religiosos y literarios que le son caros.

De Chitré regresamos a Santiago, y organizamos esa noche una excursión a Montijo, el lugar donde se considera que se bailan y se cantan mejor todos los bailes regionales del Istmo. Montijo, poblado principalmente por gente del color, suministra una prueba adicional del talento de esa raza para la música y el baile. Nos acompañaron en esa aventura, que lo era de veras por la mala condición del camino, algunos de los Fábrega de Santiago y el Alcalde Calviño. La autoridad de Montijo estaba informada de nuestros movi-



Altar lateral de la Iglesia de Los Santos.

mientos, pero los baches y tropiezos del camino hicieron que demoráramos más de la cuenta, llegando a aquel lugar con dos horas de atraso. Ya se daba por cancelada nuestra visita y la tolda del tambor había sido desmantelada. Reintegrar aquella organización disuelta, fue obra de romanos, y el baile no pudo comenzar sino a media noche. Tuve un primer desencanto sabiendo que Carmen Urriola, la diva del *tambor* en Montijo, no estaba esa noche en el pueblo; pero las voces, el garbo y el gesto de las demás cantadoras, me resarcieron pronto de ese fracaso. En el capítulo final de este libro y en los apéndices que necesariamente le sucederán, aparecerán todos esos cantares.

En nuestro itinerario de regreso estaban comprendidas dos poblaciones: Parita y Natá, que no había podido visitar a la ida. En Parita nos esperaba en su casa el diputado Don Francisco Chiari, nuestro amable *cicerone* de aquel día. Había tenido la gentileza de hacer venir

a una anciana nonagenaria de apellido Castellón que había sido actora o testigo en la *epopeya* local de los Guardias y Goytias que ocasionó la destrucción de aquella población pronto va a hacer un siglo. Ese relato, que hace de Parita una Verona americana, víctima de las *vendette* de aquellos señores feudales, valía bien la pena de ser escuchada, y la reproduzco a continuación bajo reserva de cualquier desfallecimiento de la memoria en materia de fechas, nombres y lugares con los cuales no estoy bien familiarizado.

La ciudad —decía la anciana— quedó destruida a ras del suelo, con excepción de la iglesia. Únicamente unos paredones de mampostería quedaron en pie en la Plaza Mayor.

Entre las familias Guardia y Goytia existían viejos rencores a consecuencia de la hegemonía local que ambas se disputaban. Los Guardias eran oriundos de Penonomé; los Goytias de Santiago. Las querellas eran constantes entre las dos casas reinantes o dinastías, si así



Altar lateral de la Iglesia de Los Santos

pueden llamarse, y se hacían cada vez mayores hasta que culminaron en esa lucha final que no dejó piedra sobre piedra en el poblado.

Después de una batalla campal en toda forma, los grupos de partidarios de uno y otro bando salieron del pueblo destruido a buscar refugio en Santiago de Veraguas. La retirada a Santiago fue llena de peligros y sorpresas: una verdadera retirada estratégica entre beligerantes.

El origen de este hecho de armas fue de lo más modesto. Entre los hijos menores de los Guardias y los Goytias se había despertado una viva emulación escolar, y de una discusión sobre aprovechamiento en las clases surgió el conflicto. Los niños

rivales se fueron a las manos y sus compañeros los separaron esa vez. Días después, los fogosos escolares volvieron a chocar entre sí, pero ya la animosidad se había extendido de los menores a los mayores, quienes intervinieron en la riña, generalizándose ésta en tales proporciones que entraron en acción no solamente los padres y parientes de los niños sino también los mozos de unos y otros y, por último, la población en masa, afiliada toda a uno u otro bando.

La historiadora de esta lucha nos dijo cómo ella, hija de un mozo vaquero de los Guardias, se puso en camino para Santiago y era interpellada minuciosamente por los goytistas con quienes tropezaba.

En la Iglesia de Los Santos existe una lápida mortuoria que cubría los restos de uno de los Goytias muerto en aquella jornada. La lápida llevaba una inscripción injuriosa para los Guardias, y un Obispo de Panamá, en una visita pastoral, indujo a los deudos del difunto a que consintieran en volver la lápida al revés, de modo que la inscripción quedara invisible. Así se aceleró el fin de la vieja enemistad entre las dos familias, cuyos descendientes han dado al olvido sus querellas tradicionales, tan semejantes a los de Capuletos y Montescos de Verona. Don Pedro Goytia era el jefe de su familia, y de la facción contraria lo era Don Santiago de la Guardia y Arrue, muerto en 18621 defendiendo la soberanía Panamá como Gobernador del Estado. Sus hermanos Pantaleón y Eduardo eran de la facción, y a ellos se refería, en términos sangrientos, la inscripción de la lápida de Los Santos.

Desde la hecatombe de Parita, las dos familias se retiraron a vivir a Santiago. La anciana historiadora era parca en detalles; pero de su



Altar lateral de la Iglesia de Los Santos.

relato se desprendía que las fuerzas de los bandos rivales eran reclutadas principalmente entre los mayores, vaqueros y peones, y que ambas familias eran dueñas de haciendas territoriales y pecuarias muy valiosas.

Pasamos a ver el interior de la iglesia de Parita, con sus altares y púlpito de rico estilo churrigueresco y sus cálices, vasos y ornamentos de oro y plata. Ya habíamos observado las reparaciones, o mejor dicho las deterioraciones que en la fachada de la Iglesia se estaban consumando a ciencia y paciencia de la autoridad y en las cuales declinaba toda complicidad el Diputado Sr. Chiari. Pero los vecinos pudientes, los que sostienen el culto con sus dádivas, habían fomentado una corriente irresistible en pro de una fachada nueva y un pavimento nuevo, lustroso y reluciente, sin respeto alguno por los fueros de la arquitectura, la historia y la tradición; y no había como contener ese flujo

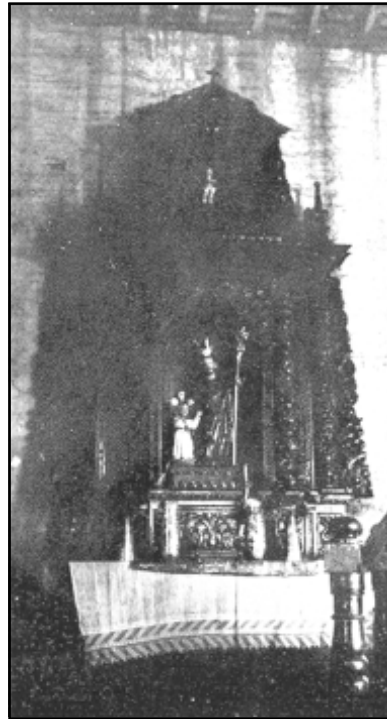


Iglesia de Parita en reconstrucción.

de opinión, desatentado y deplorable. Estaba pasando en Parita lo que antes había ocurrido en Natá, otro lugar donde por los mismos motivos se había consumado ya un delito semejante de lesa estética, repellándose de cemento claro la fachada de la antigua iglesia, dándose al traste con la técnica de construcción que prevalecía en otros tiempos y que un trabajo de restauración razonable y consciente ha debido respetar. Es verdad que el interior recibe por ley natural sus inspiraciones de la capital, y si las transformaciones de la iglesia de San Francisco, en Panamá, no hubieran sentado un funesto precedente, las parroquias de Natá y Parita no habrían sido víctimas de esas imitacio-

nes desastrosas. Pero he aquí un nuevo y poderoso argumento en favor de la comisión de restauración y conservación de monumentos públicos e históricos que el Gobierno de la República no debe demorar en constituir y a la cual deben subordinarse, en virtud de los derechos de tutela o potestad pública inherentes a todo Gobierno, las iniciativas privadas en esta materia.

De Parita seguimos a Natá, donde el mismo desastre arquitectónico nos esperaba. El Cura de la Iglesia, Rdo. Pablo Reyes, nos explicó de qué manera la opinión local había hecho presión para que la transformación del antiguo y venerable edificio, severo en sus tonos de calicanto viejo, con reflejos vivos de ladrillos



Iglesia de Parita, altar

rojos ligados entre sí por un mortero indestructible, fuera hoy un hecho cumplido e irremediable. Añadió que ciertas familias del lugar reciben por tradición o herencia el encargo de cuidar de los altares, y con ese motivo había tenido que sostener grandes luchas para evitar que so color de modernismo se consumase con todos los altares de la iglesia el mismo atentado que dio al traste con el carácter y el mérito de la antigua fachada.

Las familias en cuestión se consideran omnipotentes en el descargo de su mandato hereditario y pretenden prescindir del parecer del Cura-Párroco para dar libremente manos de pintura al óleo y de barniz japonés a la talla de madera y oro viejo que constituye precisamente el tono armonioso y el buen gusto de esos altares.

Desde el campanario de la iglesia tomamos vistas del paisaje que allí se contempla, principalmente del antiguo campo de milicianos

donde se adiestraban en las armas de tres a cuatro mil peninsulares y criollos leales en tiempos de la colonia. La importancia de Natá como lugar estratégico fue grande en aquellos días, y el interés histórico inherente al lugar se acrecentaba en este caso particular con la consideración muy personal de que uno de mis ascendientes istmeños, el Coronel Joseph Ventura de Soparda, Veinticuatro de Panamá, Alcalde Mayor de la misma ciudad y Marqués del Darién que nunca usó el título, fue largo tiempo coronel de las milicias españolas disciplinadas del “Partido de Natá”. La vista del campo de milicianos tomada desde el campanario, muestra en el fondo del paisaje el *panteón* actual (Véase pág.153).

El Padre Cura nos hizo los honores de su parroquia con la más amplia hospitalidad, y nos dejó fotografiar las cercanías de la iglesia, los altares, el púlpito ¡ay! embadurnado de pintura al aceite, marca



Iglesia de Parita, altar

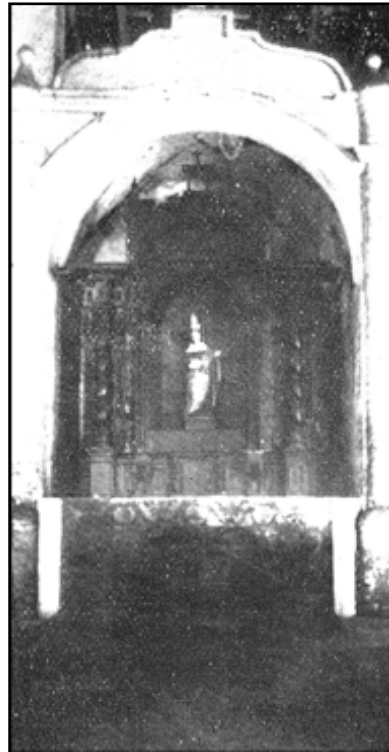
Hubbuck legítima) y los candelabros, cálices, vasos antiguos de oro y plata, así como también el pelícano-rey del Altar Mayor. Su propia persona no pudo escapar a la curiosidad del *kodak* y nuestras pesquisas llegaron hasta la sacristía de la Iglesia, donde descubrimos, vuelto hacia la pared, un óleo antiguo que la fama popular atribuye al pincel de Murillo. En esto hay confusión de criterio. El óleo de referencia no tiene de Murillo ni el unto, como dice nuestro pueblo; pero en la Catedral de Panamá sí hay un Murillo auténtico: la Reina de los Cielos, que donó en años pasados el Dr. Justo Arosemena, y esto explica la confusión de los natariegos. El cuadro de Natá representa la Trinidad, pero le asig-

na forma humana al Espíritu Santo, contrariamente a los cánones teológicos, y por esta razón fue descolgado, de las paredes de la Iglesia en una visita pastoral del Obispo de Panamá y relegado desde entonces a la sacristía. Antes de proseguir nuestro viaje de regreso quisimos saludar al Alcalde, Sr. Héctor J. Tejada, y al Director de la Escuela Pública, Sr. Juan Isaza quien encontramos accidentalmente en la Plaza Mayor cuando pasaba a bañarse al río llevando una toalla anudada al cuello.

De Natá a Penonomé hicimos una sola jornada. Pasámos la noche en Penonomé, tomámos el almuerzo en Chorrera, y pocas horas después estábamos en Panamá. De Chorrera habíamos tomado, el primer día

de nuestra excursión, algunas vistas interesantes. (V. pág.161). De allá se recibió también abundante material documentario coleccionado con motor de Instrucción Pública mucho talento por el Inspector Sr. Ayala y que reservo para futuros apéndices.

Fue en este lugar donde comenzamos a sentir, Henríquez y yo, la diferencia esencial entre la estética rural y la estética urbana. El poste de hierro perpendicular que sustenta los cables del telégrafo, el techado de cinc de canales rectilíneas asentado sobre paredes de madera lisa y aplomadas... ¿habrá cosa más inconcebible en medio de las frondosidades del bosque? ¿Qué rígida, qué fría, qué sin alma resulta aquella *geometría aplicada*, al lado de los árboles varias veces seculares cuyas raíces se retuercen en curvas atormentadas como las serpientes en el grupo de Laocoonte ¡Qué insoportable resulta aquel paralelismo del hierro acanalado junto al techado de pencas de palma



Iglesia de Parita, altar.

que cubre los bohíos parduzcos, irregulares en sus formas y en perfecta armonía de colores y de líneas con el paisaje ambiental! ¡Qué feos y cursis aquellos tabiques de madera, con sus tablas rigurosamente simétricas y su perpendicularidad impecable, si se los compara al atado rústico de cañas-bravas, apenas cubierto por algunas embarraduras de quincha, de color borroso, legítima pared del bohío indio, tan armónico con el medio en que se levanta y con el estilo y la naturaleza del panorama forestal!

En esas y otras consideraciones nos engolfábamos mi compañero y yo cuando para amenizar las horas del camino resolvimos abordar los problemas folklóricos del lenguaje panameño, vasto y fértil campo abierto a las investigaciones del lexicógrafo. Como en arquitectura, en indumentaria, en poesía, en música, en arte culinario, etc., nuestra conversación sobre lingüística apenas desfloraban la materia, dejando a las autoridades científicas y a los especialistas la tarea de analizarla y profundizarla.

Entiendo que mi ilustre amigo y colega el Dr. Octavio Méndez Pereira tiene escrito un trabajo de esta índole con miles de voces regionales debidamente clasificadas y analizadas.

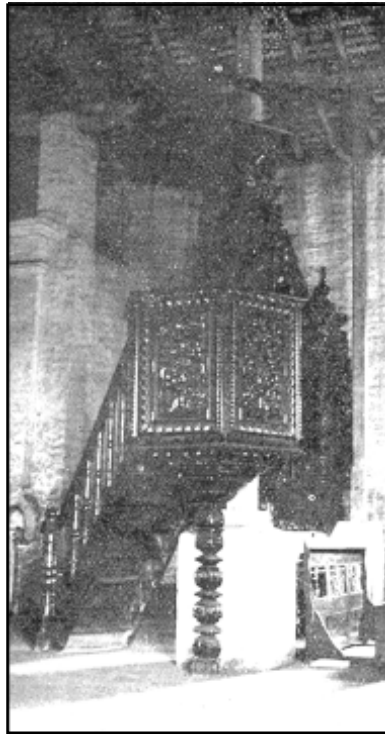


Natá. —La antigua Iglesia.

Ojalá que esa valiosa contribución al folklore nacional salga pronto de la penumbra en que la mantiene su autor, para mayor prestigio de las letras panameñas. Nuestra conversación surgió de una referencia que Henríquez y yo hacíamos a un *tambor* regional que comienza por las palabras *sombreiro Panama-hat*, expresión bastarda que nos recordaba aquel otro pleonasmo tan común entre nuestro vulgo: *perro bulldog*, convertido por nuestra pronunciación a la andaluza en “perro burdó”, y el “aceite de petróleo” que tanto se oye en América española. Sal-

vo mejor opinión, la nuestra es que sombrero “panamajat”, como nuestro pueblo pronuncia, es un anglicismo injustificable que no tiene títulos para sustituirse a “sombrero Panamá” o sombrero de Panamá, denominación universal del sombrero de paja toquilla, a despecho de las de sombrero-jipijaja y de sombrero-suaza, que pueden ser todo lo verídicas que se quiera, pero que el extranjero nunca se ha avenido a emplear.

Pasamos en revista, a este propósito, las voces de la jerga panameña derivadas del inglés. “Paipa”, por ejemplo, españolización del inglés *pipe*, introducida por los fontaneros americanos y jamaicanos en sustitución de tubo o cañería “cranquear”, sinónimo de dar manubrio o torniquete al automóvil (de *crank*, biela); “parquear”, sinónimo de estacionar, con referencia a los mismos automóviles (de *to park*, estacionar); “ponerle breque” por ponerle freno (de *break*, freno) al motor de un tren o un carro para detenerlo súbitamente; “guafe” por muelle (de *wharf*, muelle); “nacao” por golpe de gracia (de *knock out*). En lenguaje deportivo: “juc” por gancho (de *hook*); “estréi”, por derecho (de *straight*): flái, de *flight*. Ninguno de estos anglicismos panameños presenta signos de vitalidad, con excepción de los términos deportivos que están universalmente aceptados. Con mayor razón lo diremos de “managual”, término pintoresco de que se valen nuestros *vaporinos*⁴¹ para designar a los marinos de guerra ingleses o norteamericanos (de *man of war*, barco de guerra). “Guachimán” es guarda, custo-



Iglesia de Parita, púlpito

41 *Vaporinos*: marinos de un buque de vapor.

NARCISO GARAY



Natá. —La Iglesia nueva.

dio, de *watch-man*. “Gasolina” por lancha a motor de gasolina, es tan racional como vapor por buque de vapor y merece la consagración del diccionario, si todavía no la tuviere.

Nuestra voz “patuá” para designar a los antillanos franceses de Guadalupe o Martinica, proviene del francés *patois*, habla vernácula. Distinguimos, pues, a esos colonos por el nombre de su jerga o dialecto,



Natá. —El campo de los milicianos.

to característico. Es un fonema perfectamente viable y digno de la carta de ciudadanía castellana. La voz “yumeca”, con que denominamos a los antillanos ingleses de la isla de Jamaica, es una españolización de *jamaican* (jamaicano). Haría doble juego con jamaicano y no parece llamado a sobrevivir. Pero la voz “chombo”, más comprensiva, puesto que designa a todos los negros ingleses de las Antillas y no solamente a los de Jamaica, tiene para nosotros una etimología misteriosa. Señalo ese extraño fonema a la investigación erudita de nuestros lexicólogos presentes y futuros.

La voz “martinica” indica entre nosotros un licor espirituoso, especie de mistela, originario de las Antillas francesas. Su morfología es legítima y el licor muy agradable. Lamento no poder extender la receta a mis lectores.

“Agua-chinche” es expresión que usamos para indicar la posición del que va cargado a cuestras. Denuncio este nuevo vocablo a las investigaciones del folklorismo panameño.

“Angú”, término de culinaria istmeña designa un cocido de plátano que se maja con el “machucangú”, otra denominación puramente autóctona. Viene aquí el recuerdo del dístico criollo:

Guayabita del Pirú

Que se come con angú.

El Pirú es el antiguo Perú, como perulero es peruano, y la guayaba del Pirú debía de ser alguna especie distinta que se mezclaba con el angú; para aderezarlo, majándola con el *machuca-angú*. Esta última voz es utensilio de cocina que sirve para majar, machar o machacar (sinónimo de *machucar*) el angú tiene per-



Natá.—Altar de la Iglesia.

fecto derecho de figurar en el diccionario de la lengua en nombre y representación del arte culinario del Istmo, con los mismos títulos que *chicha*, voz oriunda de Panamá, guayaba, guava, yuca, ñame y tantos otros nombres de frutas y raíces que pertenecen a las lenguas indígenas americanas y carecen de equivalente español.

Da idea de la alta opinión que en el Istmo tenemos de la leche de la vaca, la acepción de fortuna, buena suerte, que nuestro idioma vernáculo le atribuye. ¡“Qué leche”! exclamamos en nuestra jerga local por ¡qué suerte! Y sin pararnos ahí, solemos aplicar al hombre afortunado en el juego, en los negocios, en la política o en el amor el epíteto de “lechero”, en la acepción de afortunado.

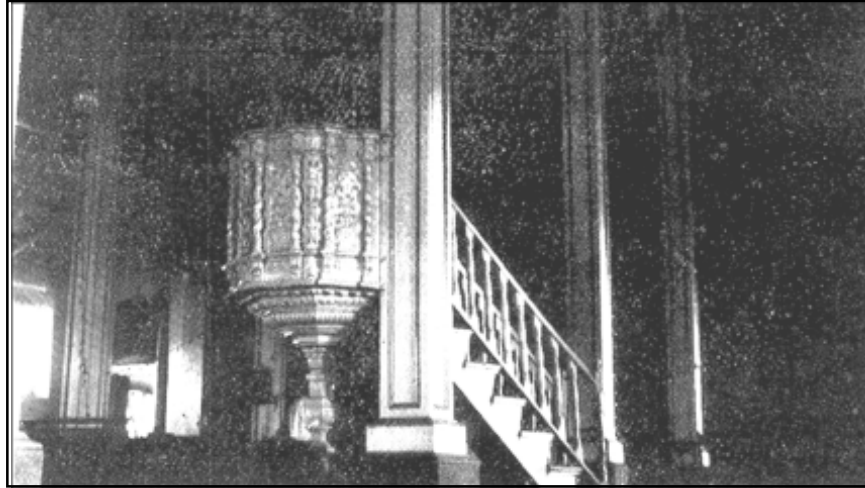
La “grilla”, hembra del grillo, es en nuestro vernáculo el símbolo del mal pagador o mal cumplidor de sus obligaciones. Estar “engrillado” significa también estar agobiado de obligaciones que no se pueden solventar.



Natá. —Ornamentos de plata del altar mayor.

“Pezuña” decimos para designar la adehala o bonificación que pedimos al mercader a quien compramos. El origen de esta voz criolla es también enigmático. ¿Sería originalmente alguna pezuña de animal que se daba como bonificación al comprador de carnes ?

“Papelón” significa generalmente un papel grande, y en sentido metafórico un escrito sin valor. Entre nosotros significa todo eso y además un juego cantado y bailado que contiene una curiosa combinación de ritmo binario y ternario. La melodía se canta sin palabras; en otros términos, se tararea, y su ritmo es inquestionablemente ternario como puede verse en el ejemplo que sigue.



Natá. —El púlpito de la Iglesia

El baile que lo acompaña es asimismo ternario según aparece en la notación gráfica que sigue; pero el palmeado es exclusivamente binario, pues a cada compás ternario del canto y del baile corresponden dos movimientos isócronos de las manos: uno que ejecutan golpéandose por delante de la persona, y otro que ejecutan golpéandose por detrás. En este juego lírico-coreográfico, la misma persona canta, baila y toca las palmas.

El castellano conoce el verbo “aovar”, poner huevos o tomar la forma de un huevo; su participo es *avovado*, voz que también se emplea como adjetivo. La conjugación de aovar hace excepción al principio conocido de que los verbos derivados de sustantivo que lleva el diptongo *ué*, recobran este diptongo cuando el acento recae en la sílaba correspondiente; de aovar, afín de huevo, se dice aovado y no ahuevado.

El vernáculo panameño pretendió remediar esta anomalía creando el verbo *ahuevar*, de conjugación tan regular como aovar, si no más, y el adjetivo *ahuevado* que se usa en las mismas acepciones de aovado, pero principalmente en la de embobecido refiriéndose a los pobres de espíritu. También existe el sustantivo *ahuevazón* aumentativo que denota un estado máximo de apocamiento espiritual.

“Soy formal y estudioso” —me decía un niño panameño —“*a lo que* mi hermano es desaplicado y peleador”. La expresión *a lo que* por mientras que, en tanto que, es, según Hartzbusch, la misma expresión *a la que*, común en el Don Quijote de Avellaneda, y en el habla de la provincia de Ávila. Cuervo la califica de “aragonesismo antiguo y moderno” y su legitimidad de uso y origen no da lugar a ninguna objeción.

“Mano”, es derivación de hermano. “¡Manito Juan, manito Pedro, espérenme allí!” son expresiones comunes de cuentos panameños bien conocidos.



Natá. —El Cura Párroco y ornamentos.

El “culeco” es un juego conocido en las provincias de la República. La voz “culeco” metátesis de clueco, es muy común entre el vulgo de la América española. La combinación articulativa *cl* era mucho cuento para nuestro pueblo y se ingenió para simplificarla; pero en cambio, al juego del hoyuelo le dice nuestro mismo pueblo “choclo”, epéntesis de *chócolo* que es el verdadero nombre colombiano de este juego. Quien pronuncia choclo, bien podía pronunciar clueco.

Estar alguno en situación difícil o en mal predicamento, es, en el dialecto panameño, estar en la “yaya”. ¿De dónde proviene esta expresión?

TRADICIONES Y CANTARES DE PANAMÁ



Chorrera, cercanías.

Acaso de yaya, chilenismo que registra Cuervo como expresión de herida insignificante? Para mí tiene todas las trazas de provenir de ¡ay! ¡ay! ¡ay!, triple interjección de la cual se ha eliminado la vocal inicial y la final. Hay una canción chilena muy en boga que lleva el nombre de Ayayay, onomatopeya del dolor físico y del sufrimiento moral a la vez.



La Chorrera, callejuela.



La Chorrera, un recodo del camino.

“Fulo” es panameñismo auténtico, no en la acepción de asombrado o acobardado que le da el diccionario y que nuestro pueblo desconoce, sino en la de rubio. El “fulo Fábrega” y el “fulo Miró”, se dice entre nosotros por el rubio Fábrega y el rubio Miró; otra palabreja cuya etimología debería tentar la curiosidad de nuestros lingüistas y folkloristas.

“Abombada” llamamos al agua próxima a corromperse. La palabra no figura en el diccionario, pero no lo ha menester, pues sin duda proviene de las bombas o bombitas que produce el agua cuando entra en proceso de descomposición

Entre las nodrizas panameñas que cuentan cuentos a los niños (ellas dicen “echar” cuentos), es familiar la expresión “y agarró y dijo”, en la más generalizada y metafórica acepción del verbo agarrar, como simple muletilla o intensivo en que apoyan el discurso, por no decir como doble muletilla o intensivo, ya que la conjunción desempeña allí la misma función que agarró.

En *revesina* hablan los panameños cuando invierten el orden de las sílabas de cada palabra diciendo, por ejemplo, *mecha* en lugar de *Chame*. ¿Tiene derecho a la vida la voz “revesina”?

La costumbre de hacer reñir gallos es tan viva en Panamá como en otras regiones del Continente, y la voz *canillera*, como sinónimo de

flojedad y de cobardía, no ha tenido menos éxito aquí que en otras partes de América.

Remojo es en Panamá sinónimo de albricias. Cuando alguien estrena casa, traje o coche, suele la servidumbre pedirle el *remojo*, esto es las albricias. ¿No tiene *remojo* esta misma acepción en el diccionario? ¿Echar su barba en *remojo* no es, en parte la misma cosa? *Remojo* entre nosotros es estrena.

Mata-gana es plato de la cocina panameña cuyo nombre quizás no sea tan poético como exacto. *Gana* significa en nuestro idioma vulgar ganas de comer, hambruna, y el plato en cuestión *mata* o satisface la gana de comer; por lo menos, así se presume.

¡*Fo!* interjección, indicativa de mal olor y de uso común en Panamá, es andalucismo legítimo.

Desde que Batres Jáuregui, Calcaño, Cuervo y otros, señalaron en España y en ejemplos de la literatura el uso de *parar*, *pararse*, como sinónimo de *levantar*, *levantarse*, cayó por el suelo la autoridad de nuestros gramáticos y hablistas que nos increpaban el empleo de ese verbo como una incorrección. Aquí el determinativo *de pies* está tácito y *pararse* tiene en castellano la acepción perfectamente castiza de ponerse de pies.



La Chorrera, Iglesia.

Donde como preposición y no como adverbio, o mejor dicho, con elipsis del verbo correspondiente, es también un panameñismo de cepa peninsular. *Voy adonde mi tío*, por voy a casa de mi tío, sin ser una práctica recomendable en una cátedra de castellano, tiene raíces en el folklore y en el uso vulgar de la Península que nos impiden avergonzarnos de ella.

Chachay es modismo con que indicamos en Panamá a los niños que su traje luce bien. Su etimología es indescifrable. Tendrá alguna afinidad con el *achachay aguacerito*, del juego conocido? ¿o con el quechua *achzachzay*, expresión que denota frío?

Entre las supersticiones de nuestro pueblo, no es la menos importante la del *mal de ojo*; y entre nuestros verbos vernáculos el *ojear*, también de pergaminos castellanos.

Chancaco, para distinguir la pepita aplastada del marañón, especie de tejo que se hace resbalar fácilmente por el suelo en nuestro juego de *la rayuela*, es sin duda un panameñismo de origen indio, pues ya el diccionario trae *chancaca*, como americanismo, para denotar el azúcar mascabado.

Vimos atrás que el uso de *mano* o *manu* por hermano es común a la región del Istmo. Los gritos de “¡*Manito* Juan! ¡*Manito* Pedro! ¡espérenme ahí!” son familiares a los que escuchamos en la niñez los cuentos de las ayas panameñas. Si repito el ejemplo es para hacer notar el uso americano de la tercera persona del plural (*espérenme*) en lugar de la segunda (*esperadme*) que es la práctica general en España.

Ñato por chato, es otro delito de leso castellano que nuestros dómynes nos enseñan a aborrecer, por más que desarraigarlo de nuestra habla vulgar sea empresa de romanos. Consolémonos sabiendo que es usado en Asturias.

Sería interesante estudiar la etimología de las palabras *chicheme*, *chilate*: la primera, sobre todo, de uso tan corriente entre los panameños, que hasta hace poco hubo en nuestra ciudad capital un “*callejón del chicheme*”, rebautizado después *Calle 4a*, si no estoy equivocado. Y los oídos istmeños no son indiferentes al encanto de aquel pregón tradicional: “¡al chichemito fresco!...” *Chicheme*, término indio, indi-

ca el maíz cocido, como *chilate*, término guaymí, de uso común entre los indios de Chiriquí y Veraguas, indica una preparación de *chicheme* con leche.

Bollo (sobreentiéndase de maíz) es otro producto de la cocina vernácula. Entre sus numerosas variedades hay una, el *bollo chango*, grata a cualquier paladar y cuya desinencia indígena no puede ser más característica.

Chingo presenta también todos los caracteres de un indianismo auténtico, y ofrece varias acepciones. Suele designar una embarcación pequeña fabricada de una sola pieza, como el *cayuco*; y también el calzón del traje que usan los campesinos del interior de la República.

Chinchorro designa en el interior de la República una hamaca de red que fabrican los indios. La voz es perfectamente castiza pero en su acepción de red. Puede serlo en el futuro, mediante una sinécdoque, en el sentido de hamaca de red.

La hoja del *chumico*, tan útil para nuestras cocineras, y criadas, es sin duda otro indianismo digno de estudio etimológico.

La *icoteca* especie de *tortuga*, *morrocoyo* o *galápago*, es también de probable origen indio. No hay panameño que no recuerde el cuento tradicional, muy propio para insertarse en un ensayo folklórico como este:

- “¡Icotea-Concha, ven a barré!
- “No tengo mano, no tengo pie.
- “¡Icotea-Concha, vení a aprendé!
- “No tengo mano, no tengo pie,
- “¡Icotea-Concha, vení a come!
- “¡Aquí tan la mano, aquí tan lo pie!

Etimología semejante debe tener la voz *cutarra*, especie de alpargata hecha de cuero de res que usan los campesinos de la República para trepar árboles espinosos sin herirse y para zapatear ruidosamente el “punto” y la “mejorana”.

Perica por machete, es interioranismo panameño. Por *peinilla* se designaba antes la bayoneta. Con el ejército, el vocablo ha desaparecido, así como *follisca* y *cierrapuertas*, tan comunes en otros tiempos. Con la necesidad, ha desaparecido el órgano.

Dar cara no significa presentar el rostro sino sacar lustre. El zapato no *da cara* cuando no brilla bien después de limpiársele con lustrina y frotársele con un paño seco.

Catre, cama barata, se usa en la jerga panameña como sinónimo de charro o cursi y en función de adjetivo. Ser uno *catre* es ser de mal gusto.

Sopa borracha y *sopa de gloria*, no son sopas propiamente dichas sino dulces tradicionales que figuran indefectiblemente en toda boda panameña. Preguntar a las novias cuando *comeremos las sopas* (estas sopas se comen y no se toman), es un eufemismo local para preguntar cuando se casan.

Ñopo, *ñopa* son voces con que el habla vulgar panameña designa a los españoles. ¿Viene acaso, por eliminación fonética, de español: pañol: paño, que por inversión de sílabas (vulgo *revesina*) da ño-pa? ¡Puras cavilaciones!

La *h* aspirada antigua persiste todavía en nuestro pueblo. Para él la cerca *juye*, por huye, y el río se *ajonda* por ahonda. El panameñismo *jondear*, por lanzar algo lejos de sí, parece derivarse de *hondear* en la acepción de tirar la *honda*. De nuestro *jalar* por tirar, tan denigrado por nuestros gramáticos y maestros de bien decir, ya se sabe que es un andalucismo común a toda la América española y que viene de *halar* (término técnico de la marina). Si no se le da cabida cuanto antes en el diccionario, ¿para qué existen las Academias, americanas? *Jumar* por humar, no tiene mejores títulos.

A los aficionados a la botánica dejo el cuidado de señalar los nombres latinos de *los topetones* y *los quimbolitos*, estos últimos tan sabrosos cuando se mezclan con el arroz.

Colochos son los rizos que se hacen a las cabelleras infantiles, sobre todo de las niñas. La palabreja es de difícil clasificación.

Gallo-pinto, expresión castellana que equivale a gallo-pintado, es el título que hemos dado a un adobo o plato típico de la cocina panameña. Es un arroz con pollo económico.

La cosita es el término consagrado por el lenguaje panameño para indicar la merienda o colación que es costumbre tomar entre el almuerzo y la comida. El uso del diminutivo indica por sí solo que se

trata de algo muy ligero. *Cosita*, en Panamá, es pues, algo menos genérico que en el resto del mundo. En Colombia denominan *las onces* lo que en Panamá es *cosita*.

Por *pichicuma* se entiende el individuo que es miserable por necesidad, que no tiene con qué cumplir sus obligaciones pecunarias. La raíz del vocablo lo hace afín de *pichicato*, colombianismo que designa al cicatero y mezquino, y que procede del italiano *pizzicato*, sonido que se produce al tañer con el dedo las cuerdas de los instrumentos de música en lugar de hacerlas vibrar con el arco. Pero el sufijo *cuma* me deja perplejo.

Ansina y *asina* todavía resuenan en el lenguaje popular en lugar de así, como vestigios del habla importada por los conquistadores. Otro tanto cabe decir de *comparancia*, ligera desviación de *comparanza*, forma anticuada de comparación.

Serían menos categóricos nuestros dómynes si supieran que el *ahogo* de nuestro pueblo es común en España y en otras regiones de América, en la acepción de ahogúo.

Oriverás, contracción de “*ahora y verás*” que es bogotanismo derivado de “*aguarda y verás*”, según Cuervo, figura en la tonada antonera del toro bravo (cuplé del juego del *torito*) = “*Oriverás, toro bravo*”.

Los vaqueros panameños pastorean el ganado lanzando voces semejantes al *ajó ajó* con que se excita a los niños para que hablen. Véase la canción del torito en Los Santos, en el capítulo final (Ojojojó).

“*¡Alevántate!*” se dice aún entre nosotros con gran escándalo de los hablistas que pueden consolarse sin embargo de nuestros desafueiros consultando el mismo verbo con prefijo en los cantos populares y en los cantes flamencos de la Península.

Mergollina por dinero es panameñismo auténtico, formado al parecer de la raíz *mer* (de *merar*, *mercar* = *mercanciar*), y el final de *degollina*.

Manduco es el palo con que se golpea la ropa sucia para sacarle la mugre. Qué analogía ha podido encontrar el espíritu del pueblo entre este instrumento de lavandería y el acto de *manducar* o comer, no hemos podido averiguarlo.

Por *chiva*, designamos el omnibus automóvil. Tampoco es aparente la analogía entre esta creación de la industria automovilística y la hembra del macho cabrio, como no sea por la propiedad que ambos tienen de rendir un esquilmo fácil.

En cambio, los cobradores de cuentas, son para nuestro pueblo los *ingleses*, y en esto sí se transparenta el recuerdo de los banqueros del mundo en la época de las guerras de la libertad hispano-americana, y sus asiduas gestiones para obtener después el reintegro de los empréstitos que hicieron en aquellos días a los rebeldes hispanoamericanos. De la misma índole es la expresión *trabajar para el inglés*, con que se designa la inutilidad de ciertos esfuerzos que a la postre no le traen ningún provecho a sus autores.

Alante es la forma en que ha venido a parar el adverbio adelante en manos del vulgo panameño. La *d* se disolvió pronto en la vocal siguiente y ésta, a su turno, fue absorbida por la vocal inicial, más sonora. El proceso fonético se presenta claramente así: *adelante*, *aelante*, *alante*. En nuestros tambores y tunas populares, nadie nos comprendería si para designar a la *solista* dijéramos cantadora adelante. “Cantadora *alante*”, es lo propio.

En *oyevé*, formado de oye y vé, como el *daca* español formado de *da* y *acá*, se contraen dos voces en una sola.

Truxe, *truje*, inflexión verbal anticuada de traer, figura en un tambor oído en Santiago por “traje” que es la forma verbal en uso. En verdad que el pueblo es buen guardador de antiguallas. La *s* final en *tú dijistes*, *tú conocistes*, persiste en nuestra habla popular por sobre los esfuerzos de la República en materia de enseñanza obligatoria.

Enenantes es adverbio de tiempo muy frecuente en el habla panameña. Significa hace poco tiempo y tiene parientes ilustres en la antigua literatura española: *endenantes*, *enantes*. *Enenantitos* es todavía más cerca del momento en que se habla.

Uno de los usos más característicos del hablar panameño, consiste en callar el determinativo del verbo: *¡Niña, tú sí que eres!*, frase sumamente expresiva por su misma indeterminación, pues al no especificarse lo que es la niña, se sugieren muchas cosas sin decirse ninguna.

Cuando se le dice a uno algo que por sabido se calla, es elegante responder *yalo...* forma elíptica *de ya lo creo*, como *mepa...de me parece*.

Todavía, se usa en ocasiones, erróneamente a mi juicio, sin la negación indispensable. ¿“Ya vino tu padre? —Todavía ”; cuando la propio sería “Todavía no”.

Los *huevos chimbos* son tan conocidos en Panamá como otras comarcas de la América española. El nombre de ese dulce en tantas partes diferentes del continente denuncia su origen español. No aparece en el diccionario, sin embargo.

Cuando la moda lo imponía, el *saibó* (*side-board*) era muy usado en Panamá. No decíamos *saibor*, como en otros lugares de Sud América; pero *tiquete* por billete, es voz de uso inmemorial entre nosotros. ¿Datará de 1855, año de la inauguración del Ferrocarril de Panamá, construido por una empresa norteamericana?

Raspadura es el “azúcar panela” de que hablan las Ordenanzas de Granada de 1672. La voz *panela* entre nosotros es extranjera. Para servir este azúcar, que no es granulado ni en terrones, hay que rasparlo con cuchillo, y de allí tal vez provino el nombre de *raspadura* que le damos.

La forma bárbara *arrebiatar* por rabiatar o atar del rabo, es de uso común en nuestros campos.

Orejanos solemos llamar a los individuos de los campos, por contraste con los de la ciudad. Dice Oviedo que a ciertos indios llamaban *orejones* porque traían abiertas las orejas. ¿Tendrá esto alguna relación con aquello? o ¿será *orejano* abreviación fonética de “oreja de asno”, como se cree entre nosotros?

El *guacho* de carne a base de arroz que se sirve ordinariamente a los peones en las haciendas, es nombre indígena que con significados distintos aparece en Buenos Aires (quichua), Bogotá y el Cauca (chibcha).

Amachinarse es verbo de uso común en América. Significa amigarse, ligarse, y viene de Machín, el dios de los enamorados. En Panamá no corresponde a ese significado, sino en parte. Decimos que está *amachinado* aquel que se halla tan dominado por la influencia de

otra persona que pierde el uso normal de sus facultades. *Amachinado* responde al concepto de amilanado, apocado.

Hilo de alcarreto es una especie de pita o cabuya delgada que antiguamente se guardaba sin duda en carretes y se denominaba “hilo del carrete”, pues la voz alcarreto no figura en ningún léxico conocido.

El que da consigo en el suelo y se hace daño, recibe, según la jerga panameña, una *somatada*. Somatarse es llegar casi a matarse, como soasar, voz castiza, es medio asar.

La aprensión, mediante una serie de eliminaciones fonéticas fáciles de explicar, se ha convertido en *pensión*, y *estar con pensión* no es para nuestro vulgo gozar de una renta del Estado sino estar bajo, el sentimiento de un temor o una *aprensión*.

El *concolón de la olla*, el *concolón* del arroz, ¿es voz indígena? ¿es voz italiana? Si es indígena ¿viene de cóngolo, a que se refiere el historiador Zamora, citado por Cuervo⁴²: “¿hay otros totumos que llevan el fruto muy pequeño, que sirve de cóngolos para guardar el tabaco y otros polvos o licores, que conservan mucho tiempo?” Si es italiana ¿viene de *concolo*, *concola*, voces anticuadas que figuran todavía en el diccionario y en el lenguaje popular con la acepción de olla, recipiente?

En España *plumario* es el “artífice que borda figurando aves o plumas”; entre nosotros, se llama así al mango de la pluma o portaplumas. Con qué derecho o en virtud de qué fenómeno filológico, no podría decirlo, pues en *muestrario*, *armario*, etc. el sufijo *ario* desempeña función muy distinta. En España se usaba antes esta palabra en la acepción de rábula o picapleitos, porque estos siempre traían la pluma lista para extender las demandas.

Si la leche es para el pueblo emblema de buena suerte, como vimos arriba, la sal, en cambio, es el símbolo de la mala suerte. Estar *salado* es estar de malas, y el que lo está completamente, es víctima de *salazón*.

El que nos hace una mala jugada, en términos vernáculos nos hace una *bolada*, y cuando abusamos de la bondad de los amigos les pedimos perdón por *la pechuga*.

42 Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.

Maraca llamanos al *sonajero* con que distraemos a los niños recién nacidos. *Maraca* es voz muy usada en Venezuela, en el Brasil, en el Plata y entre nuestros indios cunas del archipiélago de San Blas. Los arqueólogos y etnógrafos que han visitado a estos últimos hacen derivar esta voz de *arawak*. (Ver atrás, capítulo primero.)

Bueno es que nuestro vulgo se percate de que la *r* de que tan pródigo se muestra en el hablar no es un producto de origen exclusivamente africano, como muchos creen. El campesino español no le va en zaga para decir *durce* y *gorpe*, y ejemplos de ese uso son comunes en las dos Castillas, en Extramadura y en Andalucía, donde *er tenó* le dice a *la cartarte* la mar de cosas.

Tosanto llama el pueblo de Panamá al día de todos los santos. Fenómeno de simplificación digno de citarse: toda la parte inacentuada o atónica de la frase ha desaparecido.

Los diminutivos suelen usarse en nuestra habla vernácula como adverbios. “¿Quiere Ud. queso? Sí, pero muy *pedacito*”, por muy poquito, es de uso común. *Embarrar* ha adquirido tal generalización en nuestra habla istmeña que la idea de barro ha desaparecido por entero de ese verbo, y *embarrar* se ha vuelto entre nosotros sinónimo de *untar*.

Llamamos *paloloco*, compuesto de palo y loco, a un acierto casual, algo como una chiripa, que hemos convertido en *chiripazo* acaso por analogía fonética con chispazo. Llamamos *camarón* no solamente al que se lleva la corriente si se duerme, sino a la ganancia eventual, casual, que obtiene cualquier individuo, de donde nació el verbo *camaronear*, que es la función del que vive de esta clase de trabajos aleatorios.

El joven prendado de una señorita que se siente ya correspondido por ella y pasa de la duda a la certeza, en jerga panameña *está claro con la novia*; para él ha desaparecido toda oscuridad.

Si *grilla* se dice al mal pagador, cuando éste logra hacer una víctima entre sus amigos, en panameño criollo le hace una *arruga*.

La semilla de la palma *de coco*, la que se siembra para que nazca el árbol, es la misma fruta que llamamos *pipa*, y *el* agua del coco es, entre nosotros, *agua de pipa*.

Cholo, chola es el denominativo de los indios ya cruzados con blancos o que sin tener mezcla de sangre blanca viven la vida común de nuestros pueblos y han salido del régimen de la tribu.

Bentestate se dice del que murió sin hacer testamento, por corrupción del latinajo *ab intestato*.

Los campesinos de Coclé y Veraguas dan a la escopeta de cacería el nombre de *patihinchada*, y al venado lo llaman *cuencón*. En ambas denominaciones se revelan grandes observadores. A las tijeras les dicen *erticeras*, a los insectos *bichichacos*, al potrillo *zancalejo*, de zancas con el sufijo de animalejo. *Casero* no llaman al propietario de casas o al que arrienda casas, como en España, sino al parroquiano o cliente de un comerciante o tendero, y buscar *casería* es buscar clientela, parroquianos.

Trujaná es la grafía exacta de *truhaná*, simplificación de *truhanada*, por desvanecimiento de la última sílaba. En *galápalo*, por *galápago*, la l absorbe a la g; en *jurreco*, hoyo mal cerrado, hay epéntesis de hueco, jueco. La *pica* por el camino, es un deverbial sacado de *picar*, y designa el camino que ha sido arreglado con la pica. *Paisana* por *faisana* es paronímico de *paisana*, mujer del mismo país.

Sobijo, por soba, es común a gran parte del continente. *Marrumancia*, por resabio, ha dado, origen al adjetivo *marrumanciero*, que significa resabioso, matrero. Ambos vocablos parecen derivados fonéticos de marrullería, marrullero. De *saila*, jefe en cuna, hemos sacado *ságuila*, por analogía con *águila*.

Cuando Antonio y yo hubimos agotado el tema de los modismos, solecismos y barbarismos regionales, ya el *Chevrolet* entraba a la barcaza de Pedro Miguel que a poco se separaba de la orilla del Canal y con su andar de buey nos transportaba a la orilla opuesta.

—“¿Y qué dices del arte culinario autóctono?” pregunté a mi compañero. ¿Por qué despreciar esas manifestaciones de una actividad tan necesaria en la vida de los pueblos? Entonces se abrió el capítulo de los comestibles, de las bebidas, de las conservas y de los postres regionales. En el poco tiempo que separaba al *Chevrolet* de Panamá, pasamos revista al *sancocho*, señor de la cocina panameña; al *tasajo*, creación de la América española generalizado en todo el continente

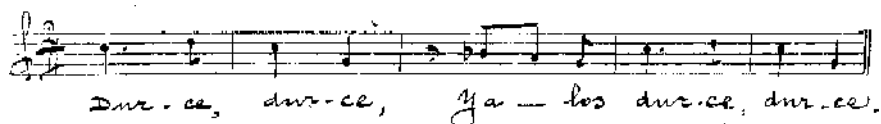
desde México hasta el Uruguay; a la *ropa-vieja* tradicional, al *chupe* que tiene nombre aimará, al *tamal* que tantas variedades presenta y ostenta también nombre indígena; a la *timbuca*, plato originario del Perú, donde se le conoce bajo su nombre quichua de *timbusca*; al arroz con *cabo de tabaco*, denominación pintoresca del arroz adobado con trocitos pequeños de carne, que parecen cabitos de cigarro; a la sopa de *ñajú*, que en Estados Unidos se llama *gumbo* y en Cuba sopa de *quimbombó*. *Ñajú* tiene que ser una voz indígena regional y debo recordárselo a mis colegas de la Academia de la lengua para los efectos del diccionario. Volvimos a la carga con los *longorones* y *cherelés*, mariscos propios nuestros cuyo equivalente nunca he encontrado en el exterior. Iniciamos el sector de los postres y dulces con el *alfajor*, cuya forma característica despierta en el habla popular reminiscencias caninas imposibles de repetir aquí; el *cabellito-de-ángel*, el *Pío-nono* (traducción infiel del *pet-de-nonne* francés), la *bizcotela*, la *cocada de ajonjolí*, las *gollerías*, el *bien-me-sabe*, la simbólica *cabanga*, el *guineo-paso*, los *buñuelos pícaros* y los de *viento*, *et sic de coeteris*. En otro orden de ideas culinarias, recordamos el *chicheme* milenario, el *chocáo* de plátano, el *arroz con cacao*, el *arroz con coco aguado*, la *cocada nevada* y el *manjar blanco*. En materia de bebidas refrescantes, las *chichas* numerosas: de nance, de piña, de naranja, granadilla, guanábana, de maíces distintos, de jobo, etc. y el *vino de palma*, los cuales, comentados y explicados, tuvieron la virtud de servirnos de aperitivo mental al punto de haber llegado a nuestros hogares con verdadera *canina*. ¿Antonio concurre conmigo en la opinión de que un Vatel panameño que compilara todas esas recetas y les hiciera propaganda práctica, sería bienvenido en nuestra tierra y merecería el apoyo del público y del Estado.

La farmacopea popular no fue ajena a nuestra charla. El aceite de *mosca* para hacer crecer el cabello, la manteca de *culebra* y la de *tigre* para curar el artritismo, el *ojo de venado* para aliviar las hemorroides, la *caraña hedionda* aplicada en el ombligo para curar los orzuelos, las *pilitas de ratón* cocidas en agua para aumentar la leche a las madres que están criando; la *sangre de la cresta del gallo* aplicada en la columna vertebral del paciente para curar las lombrices; los efectos

del *vientre frío del sapo* frotado contra las partes del cuerpo afectadas de erisipela; la *sangre cálida del pichón de paloma descuartizado* y aplicado sobre la cabeza del niño atacado de meningitis; la *hoja de lechuga* puesta en el cerebelo como remedio contra el insomnio de los niños; los efectos mágicos del *collar de ajos*; la *bola de sal con sebo* para quitar el dolor de muelas, los parches contra forúnculos y diviesos, para no citar más que esos, bastaban para hacernos desternillar de risa y revelarnos la magnitud de la credulidad popular. En esta ciencia infusa hay injertos de curas indígenas, de supersticiones españolas y de prácticas de magia africana. Señalar la contribución de cada uno de esos elementos étnicos en la formación de la medicina del bajo pueblo panameño, es tarea ardua que delego a los investigadores del porvenir.

Pero volviendo al tema de la alimentación, Antonio y yo reparamos en algo que quizás tenga un fondo científico bajo su aparente puerilidad. Es la seguridad con que las gentes de nuestros campos y ciudades clasifican las frutas en frías y calientes, sin equivocarse jamás. Este conocimiento tiene consecuencias higiénicas importantes para saber qué frutas puede tomar un enfermo resfriado y qué frutas no. Son frías: la naranja, la sandía, el mango maduro, la papaya, el coco de agua (pipa), la guaba o guama, la guanábana, la granadilla, el guineo, la lima la poma-rosa. Son calientes: el mamey amarillo y el rojo, el níspero, los mangos hechos, el pijivá, la guayaba, la granada, la ciruela, el melón de Castilla, el anón, la chirimoya, el caimito, el nance, el hobo.

Cuando pasábamos a gran velocidad por una callejuela del barrio de Santa Ana, convertido ya en centro de la ciudad nueva, un vendedor ambulante de dulces criollos, rezago de tiempos pretéritos, pregonaba sus golosinas paseando por las aceras con una bandeja sobre la cabeza y cantando esta tonada:



Aproveché este ejemplo para revelar a mi compañero otros pregones coetáneos de mi niñez y que hacen parte de la historia del pueblo de la capital. Los de Luis Congo, por ejemplo, que detallaban el número del billete llamado a sacarse el premio gordo de la lotería; los de los jamaicanos que vendían:

*Helado de leche
Delicado, superior,
Pá la niña bonita,
Que refresque la calor.*

¿Los pregones de las calles de París, no aparecen con su rico sabor local en una página célebre de la ópera *Louise*, de Charpentier?

La misma poesía, el mismo prestigio ancestral que se desprende de estos modos de decir, de expresar los sentimientos, de idealizar la satisfacción de nuestras necesidades cotidianas, se exhala al recuerdo de nuestros juegos, cuentos, refranes, supersticiones.

La *gallina ciega*, la *pájara-pinta*, el *compañerito pie pie*, la *pisisigaña*, *mirón-mirón*, de *Lima ha venido un barco*, la *rayuela*, el *escondido*, las *prendas*, el *choclo*, etc... son para nuestras comunidades de origen indohispano-africano, incorporadas a la civilización que hemos dado en llamar occidental, y que con más propiedad llamaríamos europea, porque nuestro hemisferio americano es el verdaderamente occidental, lo que el “*di se di pate*” descrito en el capítulo anterior es para los cunas, o lo que la *balsería* que veremos explicada en el capítulo siguiente, representa para los guaymíes de Chiriquí.

¿No se le ocurrirá a alguno de mis compatriotas reunir en volúmenes los juegos, los refranes y los pregones populares de Panamá? El folklore nacional reclama esas contribuciones de nuestros intelectuales de mañana.

Más importante todavía es el cuento popular. El cuento ha precedido al barco y al avión en los viajes de circunvalación terrestre. No solamente interesa averiguar si existen cuentos originales del pueblo panameño, sino también y en igual grado, la forma en que existen aquí los

cuentos universales de *La Cenicienta*, *Pulgarcito*, *La Caperucita Roja*, *Ratón Pérez*, etc.; qué influencias han pesado sobre ellos en nuestro medio, de qué elementos se han enriquecido y de cuales se han empobrecido. Una versión del cuento de *La Aldeanita Encantada*, escrita por un niño panameño a instancias mías, aparece en seguida. Mi única intervención ha consistido en agregarle el preámbulo característico y el final en versos libres con que nuestras viejas *mamas*⁴³ comenzaban y finalizaban indefectiblemente sus relatos. Helo aquí:

*Est'era estera y no era petate.
Pan para los muchachos,
Vino para los borrachos.*

Pues señor, este era un Rey que tenía un hijo muy hermoso. Paseando una vez un hermoso príncipe por los dominos del rey su padre, se internó en lo más espeso del bosque, allí paró su caballo y recorriendo con la vista los bosques y las llanuras descubrió a larga distancia una humilde choza al parecer habitada, pues tras de ésta se vio elevar una columna de humo. Picado por la curiosidad, se dirigió enseguida a ese lugar con objeto de ver lo que allí pasaba. Apenas hubo llegado vio tras la choza una aldeanita tan linda que instantáneamente se sintió acometido de un intenso amor por ella; hablola el príncipe y le propuso casarse con ella, lo cual aceptó gustosísima. El estado de pobreza en que vivía la aldeanita era tal que apenas unos cuantos harapos tapaban su bello cuerpecito; por tal motivo tomola el príncipe con él y llevándola en su cabalgadura la depositó en la orilla de una quebradita para que allí esperase hasta tanto él le mandara ropa para vestirse después de haberse bañado y poder seguir al palacio del rey para festejar allí su boda.

Luego que el príncipe hubo desaparecido, la aldeanita, temerosa, se subió a un árbol que la cubría y ocultaba con sus hojas, dispuesta a esperar lo prometido. No haría mucho rato que estaba allí cuando

⁴³ En el idioma local de mi generación, la mama era el aya o la nodriza, y la mamá era la madre verdadera. Cuestión de acuerdo solamente.

sintió ruido y vio venir a una mulata joven que traía bajo el brazo un gran cántaro para llevar agua. Acercose ésta a la quebrada y agachándose para coger agua vio reflejarse en ésta la bella imagen de la niña que estaba en el árbol, la que no había visto. Quedó tan sorprendida de tal belleza que imaginándose que nadie más podía ser que la imagen que las aguas reflejaban y que era la de ella misma, dijo: —¿Yo tan linda y cargando agua? ¡Eso sí que no! y en el acto rompió el cántaro en mil pedazos, teniendo que regresar a buscar otro que también rompió. Esto se repitió tres veces seguidas y la aldeanita no pudiendo retener más la risa, echó a reír a carcajadas.

Volvió la vista la mulata hacia el árbol y hablándole en términos cariñosos a la aldeana le pidió que bajara para peinarla. Así lo hizo la aldeana y contole porqué estaba allí. Pronto la mulata, que había comenzado a peinar a la aldeana y conocía el arte de encantamiento, clavó a la niña en la cabeza un alfiler que la convirtió instantáneamente en paloma blanca.

La aldeana una vez convertida en paloma, echó a volar y desapareció. Vistiose rápidamente la mulata con los andrajos de la aldeanita, disponiéndose a pasar por la aldeanita, y poco después llegaron los criados del príncipe trayendo ricas ropas para que la niña las vistiese. Estos quedaron sumamente sorprendidos de que el príncipe su señor hubiera elegido una mulata tan fea como aquella y le preguntaron que si era ella la persona que ellos buscaban, a lo que la mulata dijo que sí, que el príncipe le había prometido casarse con ella.

Después de haberse vestido, fue llevada al castillo en una bella carroza. La mulata allí fue presentada al rey que al verla montó en cólera, hizo llamar a su hijo y le preguntó si esa era la niña de quien él le había hablado, y él le dijo que no; pero la negrita llorando dijo que él la había sacado de su choza para casarse con ella, por lo cual el rey hizo cumplir al príncipe su promesa. Días después, el príncipe cayó en una profunda melancolía y pasaba los días encerrado en su dormitorio. Sólo al jardinero le era permitido entrar a su cuarto a ponerle flores que cogía en el jardín. Una vez, cogiendo flores en el jardín, vio posada sobre un aroma una paloma blanca que al verlo le habló así:

—¿Jardinerito de amor, qué hace el rey mi señor con la reina mora?

A lo que contestó el jardinero:

—A veces canta y a veces llora.

Y dijo la palomita:

—Pobre de mí por los campos sola, comiendo de un bejuquito y bebiendo de un charquito.

A los tres días de estar diciendo la misma cosa, el jardinero se lo contó al Príncipe y éste dio orden enseguida de coger a la palomita. Así lo hizo el jardinero poniendo un palito de goma en el lugar donde posaba la palomita y cuando iba a volar después de haber dicho la misma cosa, quedó pegada del árbol y sin poderse alejar. El jardinero muy contento se la llevó al príncipe y éste la tomó en sus manos cuando se presentó la princesa mora pidiéndosela para hacerle un caldo, pero él la mandó salir y empezó a acariciar a la palomita hasta que al tocar su cabecita sintió un extraño cuerpo del cual tiró quedándole en la mano el alfiler que la mulata había clavado a la aldeanita y volviendo ésta a su forma primitiva. Llena de gozo contó al príncipe lo sucedido y la mulata fue atada a cuatro burros y descuartizada.

*Y se acabó el cuento
De Periquito Sarmiento
Que se lo llevo el viento.
Puso tres pilitas,
Una para Juan,
Otra para Pedro
Y otra para el que hablare primero.*

La amenaza contenida en esta última línea, imponía a los oyentes un silencio absoluto mientras uno de ellos no lo rompiera pronunciando a modo de exorcismo estas palabras entre sagradas y mágicas:

“Tengo las llaves de San Pedro”, que tenían el poder de conjurar la amenaza impidiendo que ella se cumpliera respecto de cualquiera de los oyentes.

Una versión verdaderamente fiel, sin afeites literarios ni aditamentos novelescos, de los cuentos arriba mencionados y de los de Pedro Urdemalas (que el pueblo ha transformado en Pedro Animales), de *Ratón Pérez* y la *Cucarachita Mandinga*, y tantos otros, ¿serviría los intereses de la cultura y las letras panameñas, mucho más que otros trabajos al parecer de más fuste y trascendencia? ¿No aparecerá por el horizonte de la patria un par de hermanos Grimm panameños capaces de dar cima a esta obra meritoria?



Motivos guaymíes

Desde mi primer viaje a Chiriquí en enero, estuve esperando pacientemente el aviso oportuno de las autoridades de la provincia para regresar a presenciar el juego de balsería de los indios, su deporte por excelencia. Tanto había leído sobre este juego en las relaciones de los misioneros españoles del tiempo colonial y en los escritos de geógrafos, etnógrafos y viajeros de nota, que me parecía imposible escribir este libro sin dar en él mi testimonio propio y directo acerca de esta reliquia sobreviviente de las costumbres prehistóricas de las tribus del Istmo.

Por fin, después de varias tentativas infructuosas, recibí a fines de abril un despacho telegráfico del Gobernador Contreras, de Chiriquí, en que me informaba que el 4 de mayo se jugaría una balsería importante en Potrero-de-Caña, en jurisdicción del distrito de Tolé. La vía más rápida era la de la Navegación Nacional en viaje directo a Remedios por el motovelero Chiriquí que llevaba un cargamento de maderas para la Junta Central de Caminos. ¡Todavía recuerdo las proezas de equilibrio que había que consumir para bañarse uno de noche, medio oculto entre los maderos del cargamento, alumbrado por los reflejos vacilantes de una linterna de petróleo!

Llegamos de noche al puerto bajo de Remedios. El barco echó el ancla y los pasajeros varones subimos sobre cubierta a extender nuestras camas de campaña y a dormir a la intemperie. De los brazos de Morfeo me arrancó a las dos de la mañana el boga, Juan Quesada, emisario de mi buen amigo Joshua Piza, quien me lo enviaba para que me condujera en su bote a través de los esteros. Disponíame a vestir

las ropas que había dejado la víspera tendidas sobre las jarcias y velas del buque, cuando al palparlas las hallé como si acabara de sumergirlas en el agua. Torciendo la camisa, salía de ella agua abundante y otro tanto sucedía con el pantalón, la americana, el cuello y la corbata. ¡Desastre completo! No hubo más remedio que abrir la maleta a esas horas y sacar de ella ropa nueva, interior y exterior, para poder seguir el viaje.

Reproducir la conversación que tuve en el bote con Juan Quesada sería entrar en grandes disquisiciones políticas, económicas y sociológicas, ajenas al espíritu de este libro. Quesada, atleta septagenario, llegó pronto al puerto alto, donde el Alcalde Rosas me esperaba con cabalgaduras apropiadas que prontamente transportaron mi persona y mi equipaje a la residencia del señor Piza, en el pueblo de Remedios.

Mientras se hacían los preparativos de mi excursión a Potrero-de-Caña, supe que dos días antes de la gran balsería anunciada, debía jugarse otra más modesta en el Calabazar, un alto escampado del Cerro que llaman Balso, a cuatro horas de Remedios; y allá me dirigí con el Alcalde y un hermano suyo en calidad de guías y compañeros.

Antes de salir, ya en el pueblo se me había hablado de las ruinas de la vieja ciudad de Pueblo Nuevo de los Remedios destruida por Grognet y los filibusteros bajo su comando en 1685. Yo recordaba, en efecto, haber leído esta hazaña en las viejas crónicas de la literatura filibusteril. Los cimientos de la iglesia y un pozo viejo de brocal se decía que eran todavía perfectamente identificables; pero el lugar estaba comprendido dentro de un potrero o hacienda de ganado perteneciente al señor Piza, única persona que podía autorizar esa excursión. Piza, de quien era yo huésped en esos días, se manifestó encantado de la idea y puso a mi disposición todos los elementos necesarios para realizarla; pero, a la verdad, unas fundaciones de iglesia y un pozo de brocal semiperdidos entre la vegetación adventicia, no eran muy tentadores por sí solos, sobre todo si se piensa que un viaje como ese para ser fructuoso debía ser precedido de una preparación documentaria imposible de adquirir en esos lugares de la noche a la

mañana. Quede a nuestros historiadores y a los enamorados del pasado la noble tarea de reconstituir *sur place* la vieja ciudad destruida por Grognet, según los restos arquitectónicos salvados de los estragos del tiempo y del enemigo.

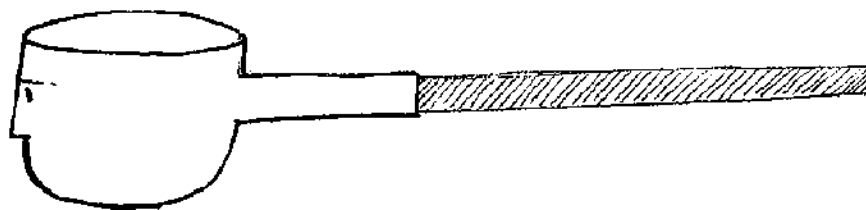
Caballeros en sendos jamelgos, una tarde no muy fresquita de mayo emprendimos la jornada por esas soledades de Remedios, con rumbo a Calabazar. Las tres primeras horas del camino no ofrecieron novedad; la última se habría multiplicado por dos si no hubiéramos comenzado a topar gentes de toda catadura, color y condición que por esos cerros trepaban como cabras, los pies descalzos y la *perica*⁴⁴ al hombro. Uno de los hombres que nos precedían, andarín que dejaría en pañales al más intrépido alpinista, se encargó de acelerar nuestra llegada abriendo trochas en lo que me parecía esa tarde la más fragosa de las espesuras. Su machete no descansaba un instante tajando bejucos, ramazones, avisperos, troncos añejos atravesados en nuestro camino. Esta misma fragosidad denotaba que nos acercábamos a los palenques de los indios, quienes suelen dejar crecer la maleza como una defensa natural contra la curiosidad e indiscreción de la “gente del color”⁴⁵ y como la más eficaz garantía de su independencia. En esto se anticiparon a la *jungle theory* que se formuló en 1912 como el mejor sistema de defensa del Canal de Panamá.

Mientras subíamos y bajábamos cuestas, divisábamos en lontananza las filas de caminantes que serpenteaban por entre los breñales, vistiendo de color el paisaje, hasta entonces uniformemente ocre y verde. Eran caravanas de indios de ambos sexos que engalanados de plumas de todo género, desde las muy raras del quetzal, las menos valiosas del guacamayo y otras aves vistosas de los campos, hasta las muy modestas de las aves de corral, y vistiendo el traje característico de la balsería, ataviados de collares de cuentas de colores que llaman *chaquiras* y cargando a cuestas animales disecados de cuyas colas pendían atadas campanillas ruidosas, transmataban los vericuetos

44 *Perica*, sinónimo de machete.

45 Vease atrás, capítulo segundo, el significado de la expresión *gente del color* entre los guaymies de Chiriquí.

de la sierra y se encaminaban presurosos al teatro del juego. Las indias, a su turno, contribuían a alegrar la vista con sus trajes talarés de labores estampadas sobre fondos de color oscuro. La mujer, bestia de carga del indio, llevaba a cuesta desde los enseres de cocina que su previsión le sugería, hasta la criatura recién nacida que acomodaba con ciertas precauciones en el fondo del *motete* (nombre criollo de un cesto grande de mimbre que cargan a la espalda como arca abierta y que protegen del sol con varias capas de hojas vivas). A ninguna india le faltaba la *cachimba* milenaria, pues ha de recordarse que el tabaco es oriundo de América y que si los europeos enseñaron a los indios a beber aguardiente, los indios enseñaron a los europeos a fumar tabaco. Lo que más llamaba la atención era la pipa de piedra en que fumaban los indios y que es, a mi juicio, el único vestigio sobreviviente de lo que era en otros siglos el arte floreciente de la talla de piedra de los guaymíes. Una pipa de piedra que con muchas dificultades obtuve por compra, desapareció de mi maleta de viaje en la isla de Conejo, pocos días después, según referiré a su debido tiempo. La recuerdo, sin embargo, al punto de haber podido trazar de ella el dibujo en tamaño natural que figura más adelante. La parte de piedra va indicada con líneas paralelas; el conducto largo, no rayado, que penetra en la boca del fumador, es de madera y se inserta en la extremidad del pequeño conducto de piedra que sale de la cazoleta de la pipa, pues los útiles y la técnica imperfecta de los indios de hoy no les permiten ejecutar en piedra un conducto tan largo que va, además, horadado interiormente. ¿Qué diría mi amigo Mr. George Grant McCurdy, si viera los pobres extremos a que ha



Pipa de Piedra.

quedado reducida la escultura en piedra que hace siglos produjo la Venus de Panamá, celosamente custodiada por él en el Museo Peabody de la Universidad de Yale?

Si entre las indias cunas la melena y la falda corta precedieron a la moda femenina actual, las indias guaymíes, en cambio, se mantienen refractarias a tales modas. La bata talar que visten, de forma *mother Hover* que el pueblo panameño españoliza pronunciando *moda joven*, las cubre hasta los pies y es harto incómoda para sus grandes marchas habituales por cuevas y valles. También visten sombreros de palma hechos por ellas mismas, nada feos, y tan resistentes que duran lo que dos y tres de importación europea o americana. Debo a la cortesía de don Carlos Endara las dos vistas fotográficas de las páginas siguientes, así como algunas que aparecen en el capítulo primero.

El cabello, lacio y negro, lo llevan suelto o tejido en trenzas gruesas separadas por ancha crencha, y los collares ornamentales son de rigor en fiestas y solemnidades. En una meseta del camino encontramos un bohío de indios y a la india sentada en el umbral, mirando en el vacío en actitud de máxima pasividad. Siguiendo la costumbre, entramos al bohío como a nuestra casa y tomamos agua de la *tula*; pero la india no contestó los buenos días que le dimos ni a ninguna de las preguntas que le hicimos. Eso parece que era lo correcto en ausencia del indio, según me explicaron mis compañeros. En el interior de la vivienda vimos hamacas o chinchorros y *tucos*⁴⁶ de madera, duros como la piedra, que usan en guisa de escabel o asiento. La piedra de moler y su mano, las tulas y las totumas, el pilón y su mano, arcos y flechas, lanzas o arpones con puntas de maderas recias o con varias puntas para la pesca, todo estaba allí como antes de la conquista, menos el escudo de tapir, del que se ha perdido hasta el recuerdo. De los viejos sitiales de piedra, esculpidos con motivos humanos y símicos, de los metates macizos decorados con imágenes de aves, cuadrúpe-

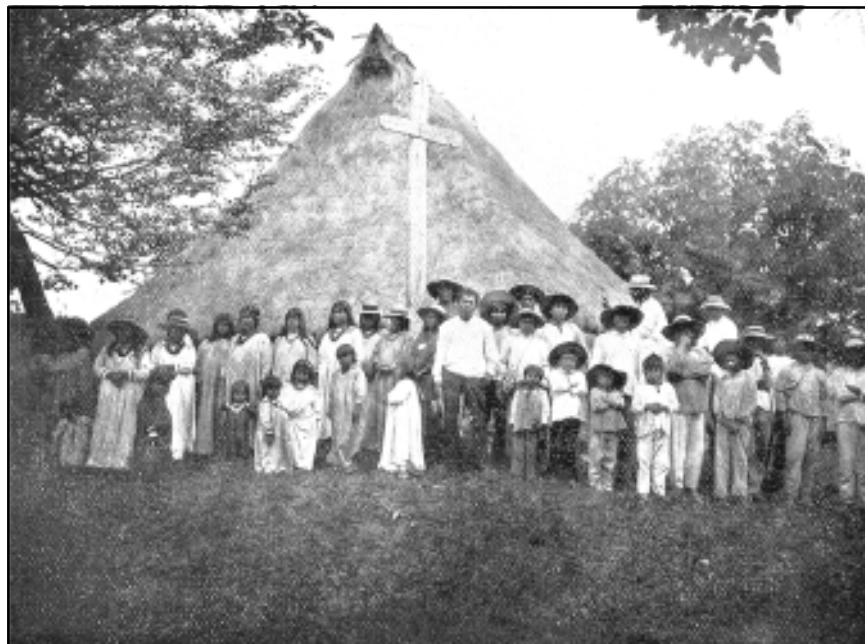
46 Expresión usual por palos gruesos y cortos.

dos y saurios humanizados, de los ornamentos de ágata y los amuletos de jade, de los *biscuits* esmaltados en formas variadas, de las reproducciones gráficas del armadillo, el sapo y las abejas, o de animales totémicos como el jaguar y el caimán apenas si despuntaban en nuestras memorias vagas evocaciones históricas.

Seguimos zigzagueando por las sierras y acercándonos a las caravanas que hacia la misma meta convergían. Ya se oían bastante claros los cantos de los indios y el ruido que metían con sus instrumentos de música: ocarinas de dos y de cuatro huecos, flautas verticales hechas de caña brava, conchas de tortuga, cuernos de toro introducidos los unos en los otros en forma concéntrica, a manera de trompa; trompetas de campana, caracoles marinos, tambores excavados en troncos de árboles, y agregado a todo eso, los murmullos naturales de la selva y de la llanura. Era una extraña cacofonía que subía o bajaba por las cuestas y que a ratos hacía recordar las páginas sinfónicas de Carpentier en su poema *Skyscrapers*, que es-



Mujeres Guaymies



El Gobernador Jiménez y su pueblo en 1914.

cuché por primera vez en México. Pero tenía su carácter propio, su personalidad y hasta su armonía. No se confundía con ningún otro rumor y bien merecía llamarse por eso la *música de la balsería*.

De pronto divisábamos a través de las frondas grupos humanos que se detenían a la orilla de los arroyos, se despojaban de sus vestiduras de viaje, entraban en el agua y salían a ataviarse con la indumentaria de circunstancia. Pero seguían su camino sin llevar consigo paquete ni atado que indicara que habían mudado la ropa usada en el camino. Mis guías me explicaron entonces que ellos suelen ponerse el traje de gala encima del traje ordinario para quedar *escoter*os.

Por fin el ruido ensordecedor de la orquesta forestal y la cantidad de gente con que tropezábamos en las veredas nos indicaron que habíamos llegado, pero sólo al campamento de *la contra*, como se designa al partido contrario que viene de lejos a disputarle la victoria al *team* del lugar.

A media milla más o menos, del teatro del juego, se ha construido

previamente un campamento con palizada, bancas para sentarse, tinglado de palmas para proteger de la lluvia las tinajas de chicha mascada, las *tulas* llenas de guarapo y todos los elementos necesarios para que la *contra* pueda sentar sus reales durante la *vela*, es decir la noche anterior al juego. La “contra” establece allí una especie de intendencia militar, donde sus hombres vendrán con frecuencia a beber, pues de comer no se habla esa noche y mucho menos de dormir; pero no permanecen estacionarios, sino que ellos y sus mujeres e hijos se dirigen de una vez al campamento del *team* local y alternan amigablemente con sus adversarios rivalizando con éstos en un especie de ensayo general para el cual se proveen libremente de palos de balsa en las barbacoas donde se les deposita. La *vela* parece ser un rito antiguo o más bien un injerto de prácticas españolas en una ceremonia indígena; la *vela* recuerda a la vez la vigilia de las armas, ritualidad a que se sometían los caballeros la víspera de ser armados tales, y de nuestro *velorio* de difuntos según la costumbre española.

Alumbrados por antorchas naturales, por linternas de petróleo por la luz de las estrellas en noches sin luna y por uno que otro foco eléctrico de pila seca —anacronismo chocante en esa ceremonia de sabor prehistórico— los contendores y sus adláteres pasan la noche en excursiones de uno a otro campamento, incansables en el beber, en sus cantares tristes a pesar de la alegría reinante, en el sonar de caracoles, tambores, ocarinas, cuernos y todo el pintoresco instrumental de la orquestación guaymí, como si quisieran ahogar en el alcohol y en el ruido las miserias reales de la vida, hasta que en el ejercicio de la balsa los sorprenden las primeras luces del día.

Mis guías anduvieron activos en asegurarme un par de árboles a la orilla del bosque para colgar de ellos una hamaca y hacerme descansar durante la noche, ya que dormir habría sido vano empeño en medio del ruido ensordecedor de la *vela*. A un momento dado nuestro grupo, por razones de afinidad natural, se constituyó aparte y al son de una caja y un acordeón organizó en el corazón mismo de la *vela* una rueda de *tambor*, *punto* y *cumbia* que introdujo elementos espa-

Guaymies jugando balsería



ALLARD L'OLIVIER PINXIT

ñosles en aquel desbordamiento de regocijos indígenas. Fue un acercamiento interesante de folklore panameño y guaymí.

Vi confirmado el dicho de los cronistas sobre la costumbre que tenían los indios de divertirse hombres y mujeres en grupos separados. Las indias se mantenían a distancia instalando cocinas provisionales con piedras de río y haciendo fuego con hojas secas mientras los hombres se entregaban a las expansiones de su deporte favorito. También pude corroborar la observación de Pinart sobre la fascinación que ejerce la balsería sobre los niños indios; éstos, en efecto, habían formado su campo aparte y jugaban desde el principio con el mismo entusiasmo que los grandes.

Pero, ¿en qué consiste esta ceremonia o este deporte de la balsería a que hombres y niños se entregaban apasionadamente en aquel lugar? Trataré de explicarlo brevemente.

En una sabaneta o lugar descampado de un cerro, suficientemente grande para poder contener un número apreciable de jugadores, se sitúan éstos por parejas. El atacante, a dos o tres pasos de su adversario, ejecuta un amago de ataque, pero sólo un amago. Asiendo por sus dos extremidades un palo de balsa de metro y medio de largo por cosa de cinco centímetros de diámetro, lo hace bascular sobre su pecho como si fuera a arrojarlo contra el adversario, pero solamente ejecuta el gesto estratégico de amago y se retira bailando y cantando a distancia de unos diez pasos del adversario, desde donde se precipita, esta vez ya en serio, haciendo bascular siempre sobre el pecho la balsa que empuña con ambas manos, hasta llegar cerca del adversario, sobre quien descarga el golpe apuntándole a las corvas o las pantorrillas. El atacado, en todo ese tiempo se mantiene a la defensiva, de espalda a su agresor, a quien sin embargo puede ver de soslayo, y ejecuta sin cambiar de lugar un movimiento rápido de pies y piernas, tratando de eludir el choque de la balsa. Cuando ésta es finalmente disparada, el atacado se convierte *ipso facto* en atacante y el mismo estratagema se repite entonces en sentido inverso.

El número de parejas que juegan a la vez depende del tamaño del terreno y de la cantidad de balsas disponibles. El juego es eso y nada más, pero hay numerosos incidentes “interlocutorios” que se

ventilan a mojicones o “a los pescos”, como se dice en la región; los *matches* de boxeo son entreactos obligados de la balsería moderna.

Cuando el sol estuvo en el cénit, tomé unos treinta pies de película cinematográfica, haciendo, uso de la cámara que con ese objeto puso a mi disposición don Juan Francisco Arias, y reservé los setenta pies restantes de la única cinta de que disponía para reproducir escenas de la próxima balsería de Potrero-de-Caña, más importante sin duda que la que acababa de presenciar.

Regresamos a Remedios esa misma noche y los preparativos para la excursión a Potrero-de-Caña comenzaron sin tardanza. Pronto pude ponerme en marcha para Tolé, cabecera del distrito en cuya jurisdicción iba a jugarse la balsería anunciada.

Tolé queda a una altitud un poco mayor que Remedios y su clima es menos ardiente, lo que no era poco aliciente para mí. Antes de llegar con mis compañeros a las alturas de Tolé, una numerosa cabalgata de honor se había formado para escoltarnos a nuestra entrada a la población; pero mal informada de la hora de nuestra llegada, se había disuelto después de varias horas de esperar en vano. Esto no obstante, siempre hubo varios jinetes, entre autoridades y particulares, que se adelantaron a darnos la bienvenida hasta cosa de una milla antes de nuestra llegada al pueblo.

Pude darme cuenta exacta de que en el pueblo de Tolé había tres poderes reconocidos: el Gobierno Nacional, Cristobalina Murgas y Manuel Aizpurúa. Éste último está voluntariamente eclipsado en su retiro de El Veladero, pero Cristobalina se mantiene activa y firme en la cabecera del distrito. No quiere esto de-



Jugador de balsería

cir que Cristobalina y el Gobierno estuvieran distanciados o en pugna, sino que son dos entidades autóctonas que no se confunden entre sí. Cristobalina parece haber heredado la hegemonía local que en otros años ejercía sin disputa don Rafael Murgas, su padre, y la ha aumentado con las influencias que le da su condición de propietaria del único hotel del pueblo y su profesión de médica y farmacéuta *de facto*. La hospitalidad de Cristobalina fue tan cordial y espléndida que me sentí tentado a inscribirme como votante en su distrito, y si hubiera tenido en mi poder la cédula de elector, de fijo se la habría dado a guardar con miras a los próximos comicios.

Toda aquella gente afable y hospitalaria rivalizaba en atenciones y servicios hacia mí, y cuando salí del pueblo con rumbo a Potrero-de-Cañã, arrastré conmigo a *la flor y nata* del elemento oficial y social. Los incidentes del camino tuvieron bastante analogía con los de la balsería del Calabazar, y los servicios de un machetero se nos hicieron indispensables para abrirnos trocha cuando estuvimos ya a pocas millas del punto de destino.



Jugador de balsería

Entonces comenzaron a distinguirse perfectamente, en un crescendo de media hora de duración, los murmullos de la selva indígena, las canciones inexorablemente tristes de la raza desposeída y subyugada, cuyos ecos se enviaban entre sí los oteros y los valles, vagos y tenues al principio, sonoros y estruendosos al fin. La ocarina, el caracol de tierra de los indios, remedaba el dulce arrullo de la torcaza, lanzando al aire sus notas flauteadas, etéreas, suaves, ajenas a los acentos de la pasión. Los cuernos de toro ensartados en series concéntricas y los caracoles marinos con la extremidad

despuntada para formar embocadura, inundaban el espacio de vibraciones graves y ondulantes como de cuerno de cacería, propias a suscitar en el espíritu sensaciones pastoriles y ardores cinegéticos. Un clarín de madera de forma cilíndrica, terminado por una bola redonda de cera que le daba grandísima semejanza con los bombeadores higiénicos de campana de caucho tan comunes en las viviendas de la capital, daba el tono épico y noble en aquel conjunto de sonoridades desconcertadas que avanzaban y retrocedían del valle a la cuesta y de la cuesta al valle, haciendo el efecto de una plegaria inmensa, de un rezo colosal, como si todos aquellos seres hubieran adoptado el lenguaje de los sonidos para establecer entre ellos mismos y con el alma de sus antepasados una comunión espiritual eficaz.

Excitada por esta orquestación primitiva, toda la naturaleza se ponía a vibrar con ella tanto en sus manifestaciones animales, como vegetales y hasta inorgánicas. El tronco de árbol, marchito y abandonado, sentía como si lo cubriera la piel retemplada y curtida de algún cuadrúpedo sonoro y sufría la nostalgia de su hermano el tambor. La arcilla del camino suspiraba también por transformarse en ocarina y sentirse una alma expresada en sonidos inmateriales. Los mismos fémures de los ciervos palpitaban de emoción sintiendo las notas del *nora-kragrogó*⁴⁷ que se escapaban de los taladros laterales hechos en una canilla de venado.

Aquellos indios, descendientes de los grandes orfebres y alfareros de la región, habían ido dejando rezagados a la vera de las edades y por obra de circunstancias aciagas, los secretos técnicos y el talento creador de sus antepasados. Sus flautas y ocarinas no presentaban ya formas de aves y animales humanizados, ricamente revestidos de todos los ornamentos que la fantasía artística era capaz de imaginar. La miseria de los tiempos había reducido en la vida de esta tribu el papel social del arte a su más ínfima expresión, y así como en la cerámica, se notaban los mismos signos de decadencia y caducidad en la alfarería, en la plumería, en la indumentaria y en todas las artes e industrias.

47 Flauta de hueso de venado.

En cuanto a mitología y leyenda, los contemporáneos ignoran hasta el sentido de ellas.

Era en el arte de la pintura facial donde ellos parecían haber conservado mejor, si no el sentido y el simbolismo de los antiguos, por lo menos el culto de las formas exteriores y aparentes. Los sellos de balsa u otra madera adecuada, fabricados por ellos mismos para pintarse la cara, reproducían motivos y dibujos de frecuente uso en las vasijas de barro exhumadas de las viejas sepulturas. Tan pronto eran líneas rectas o curvas bordadas de puntos marginales o atravesadas por éstos, que recordaban las manchas de la piel de la culebra o estilizaban los nudos dorsales del lagarto o sus colmillos, como eran detalles plásticos del cuerpo del armadillo, cornamentas de ciervos, picos de loro y otras formas de la vida animal, eterno modelo de las inspiraciones plásticas de los artistas primitivos.

Por poco que se apurara la nota histórica, en cada indio armado del caracol marino aparecía una nueva personificación de Tepeyollotli, el jaguar humanizado, creación mitológica familiar a los artistas guaymés del barro y del metal, como a sus vecinos mayas y mexicanos. Estos asociaban la idea del jaguar a la de la música y sus instrumentos ofre-



Dibujos faciales



Marquillas faciales

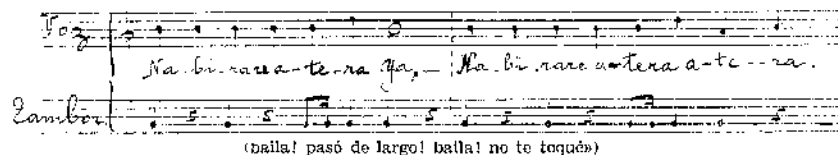
cen con frecuencia la forma de ese dios, igualmente común al arte prehistórico de la región chiricana. El “corazón de las montañas”, que eso significa Tepelloyotli, aparece en un códice Borgia sonando el caracol marino, y nuestros artífices guaymíes en sus silbatos y ocarinas representan siempre al jaguar con la boca abierta, en actitud de bramar y de estremecer el *corazón de las montañas*. La asociación de ideas y la sugestión histórica concurrían a asimilar en nuestra imaginación al indio nómada, apegado a la bocina del caracol, con la deidad de los códices mayas y de los fotutos guaymíes, el compuesto de hombre y jaguar, el noveno señor de las horas de la noche, cuyo atributo simbólico era el caracol, la “voz que retumba en los valles de uno a otro cerro”...

La multitud indígena, harta de chicha y embriagada de sonoridades se entregaba toda ella a la ilusión dionisiaca. ¿Acaso no es ella la única que permite al infeliz, al paria, al oprimido, al desheredado de la fortuna sentirse grande, noble y poderoso por unos instantes? ¿Sería humano negar a esos pobres hermanos nuestros descendientes de príncipes destronados, de caciques asesinados, de señores burlados, robados y vilipendiados, el sueño engañoso, el dulce letargo que destila olvido en el corazón, ardor en las venas, luz en el cerebro? El alcohol cuando es consuelo de los pueblos condenados al exterminio,

cuando eleva momentáneamente la condición del hombre y le infunde la sensación de la libertad y de la dignidad, es una medicina moral que debe administrarse por razones de humanidad como se administran la morfina y los narcóticos a quienes padecen atroces sufrimientos físicos.

Con una profunda conmiseración, con simpatía verdaderamente fraternal, contemplé largo rato aquellos mancebos valerosos que dándole la espalda a la adversidad y absortos en las peripecias de sus deportes ancestrales cantaban a desgañitarse su tonada primitiva que acompañaba el ritmo del tambor:

La balsa desaparecía como una flecha entre las piernas del juga-



dor ágil, e iba a caer muchos pasos más adelante: “¡atera ya! ¡atera ya!”, ¡pasó de largo!

Entonces el adversario que eludió el golpe de la balsa, empuña ésta a su vez, y sin abandonar el ritmo de baile, mide de cerca a su contrario previniéndole:

*¡Nabiri ye! (voy a medirte)
nibirare, cuanguare, cuanguaretá, canguaretá.*

(¡baila! ¡juega! ¡saltemos todos!)
¡Brayé! ¡brayé! (¡juega! ¡juega!).

Y el adversario, paciente, le responde:
¡Nibirâ! ¡Nibirâ! (¡tirame! ¡tirame!).

Más afortunado que su émulo, el jugador, acierta a hacer blanco en la pantorrilla de su contendor y lo derriba, exclamando en el paroxismo del triunfo:

¡O cachá! ¡cachá! ¡cachá!
 (¡Acerté! ¡acerté! ¡acerté!)

Durante la *vela* un solitario se divertía blandiendo, la balsa y cantando, sobre palabras que no acerté a distinguir, la tonada siguiente, cuya semejanza con un tema de *Las Alegres Comadres de Windsor*, ópera de Nicolai, no necesita ponerse de relieve:

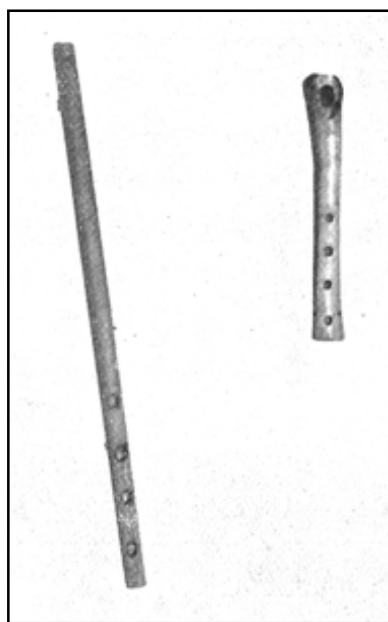


Muy de madrugada concentróse cada partido en su campamento. Los invitantes se dirigieron al de *la contra* a traerlos en forma solemne y protocolar, con sus jefes a la cabeza. Llegados al campo del juego, los dos jefes adversos cambiaron un par de balsas entre sí y quedó iniciada la balsería. Ésta dura cuanto duran los maderos de balsa depositados en las barbacoas. Las viejas crónicas hablan de juegos que duraban cuatro días. Hoy la práctica general parece ser de un día y la provisión de “balsos” se calcula sobre esa base. Los viejos ritos se interpretan con demasiada latitud, y estas fiestas que de antiguo celebraban la llegada de la estación seca, sirven hoy de mero esparcimiento a las comunidades indígenas sin responder a ninguna finalidad determinada; es un juego deportivo, el verdadero juego por el juego.

El sol se había remontado lo suficiente para que la tentativa de impresionar los setenta pies de película cinematográfica que me quedaban en caja, no estuvieran en teoría condenados al fracaso. ¡Qué de afanes, sin embargo, para impedir que los indios mirones se interpusieran entre los jugadores de balsa y la cámara! La intervención del Gobernador Manuel Jiménez y sus explicaciones en lengua *murire* no alcanzaban a refrenar la curiosidad de sus gobernados; el principio de autoridad andaba por los suelos.

Los gobernadores indígenas son funcionarios honorarios que los indios eligen por sufragio popular y cuya elección confirma después

el Gobierno de Panamá para dar a esos habitantes de la República la mayor autonomía posible respetando sus costumbres, usos, lengua y creencias, y asegurando en esa forma su tranquilidad y felicidad. Las funciones de los gobernadores consisten en servir de voceros a sus gobernados cuando temen algún perjuicio en sus propiedades, personas o familias, o se quejan de alguna injusticia. Se entienden para ello con la más próxima autoridad política panameña y en subsidio con el Gobernador de la Provincia, Manuel Jiménez, Gobernador indígena del distrito a que pertenecía Potrero-de-Caña, había sido el primero en tirar la balsa esa mañana, como jefe del partido local, teniendo por contrario a un panameño blanco de nombre Chalia (¿Rosalía?) Alvarado, que habita de antiguo en Cerro Viejo y se ha asimilado por completo las costumbres y el idioma de los indios. Acertaba a pasar en esas un indio que tocaba el *tólero* con hondo sentimiento. Llamen ellos *tólero* a una flauta vertical de caña con cinco agujeros.



Tólero y *nora kragrogó*, flautas verticales.

Le propuse compra y el indio aceptó el trato y fijó el precio. Era un músico nato, como se verá más adelante, pero entre ellos, como entre nosotros, la obligación pasa antes que la devoción, y un *peso* en las serranías de Chiriquí representa todo un capital, en tanto que una flauta de caña se puede fabricar todos los días.

El indio me explicó largamente el mecanismo de su flauta: los sonidos principales que producía tapan-do y abriendo los agujeros constan en el cuadro siguiente:



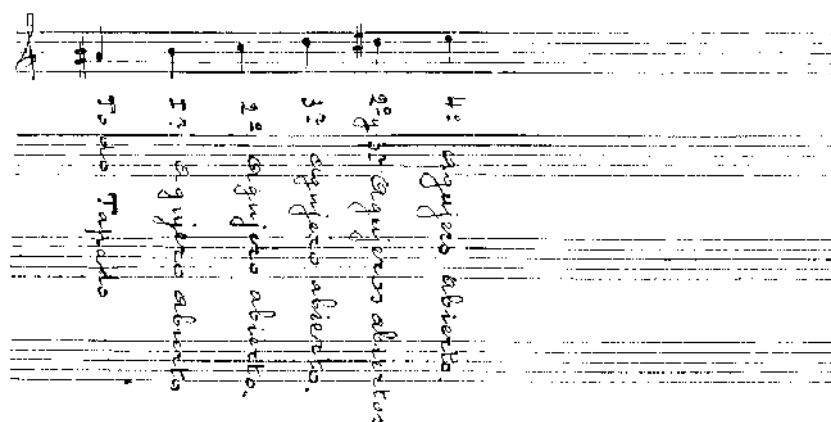
A esta escala de sonidos principales había que agregar otras escalas de armónicos más agudos que se formaban aumentando la presión del aire en el tubo: a la quinta superior, a la octava, a la décima, etc, de la escala principal. El instrumento disponía así de un diapasón considerable. Cuando me sentí suficientemente ilustrado sobre las propiedades del instrumento, pagué al indio el precio convenido y éste se marchó. Pero no habían pasado tres minutos cuando apareció de nuevo pidiéndome, por medio de intérprete, como un favor muy señalado que lo dejara tocar por última vez su *tólero*. Accedí ligeramente conmovido, y pude cerciorarme de que el indio tocaba nuevamente la misma melodía que con tanta expresión venía ejecutando al principio. La trasladé al papel inmediatamente y he la aquí:



¡¡Qué cosas íntimas e inexpressables en otro lenguaje le diría esta linda cantilena a aquel pobre guaymí que no se consolaba de la pérdida de su *tólero* ni porque el duelo era con pan?!

Otro indio pasaba después tocando una flauta vertical de hueso de venado (*ñora kragrogó*) y también accedió a venderme su instrumento, cuyo mecanismo explico en el cuadro siguiente:

NARCISO GARAY



Con sólo cuatro agujeros en vez de cinco, esta flauta producía también seis sonidos principales, sin contar sus armónicos superiores, por efecto de la combinación formada por la apertura simultánea de dos agujeros.

Este indio tenía también su cantilena que transcrita rezaba así:

NORA KRAGROGO



Inferior a la que antecede en punto de musicalidad, esta melodía no carece sin embargo de carácter, y es en todo caso un espécimen auténtico de la música instrumental de los guaymíes contemporáneos. Quiso la suerte que se me ocurriera escribir inmediatamente las dos melodías que anteceden en presencia de sus ejecutantes indios y pude preservar así el canto de cisne de aquellos dos instrumentos, pues cuando regresé a Remedios, después de haber padecido los estrujones de un viaje a lomo de caballo por aquellos espantosos despeñaderos, causaba dolor ver el deterioro que habían sufrido las dos frágiles boquillas, mudas desde entonces y creo que para siempre, por desgracia.

Pronto cerró la noche y llegaron con ella las sombras favoreciendo la invasión del mundo por los infinitos espíritus con que el animismo

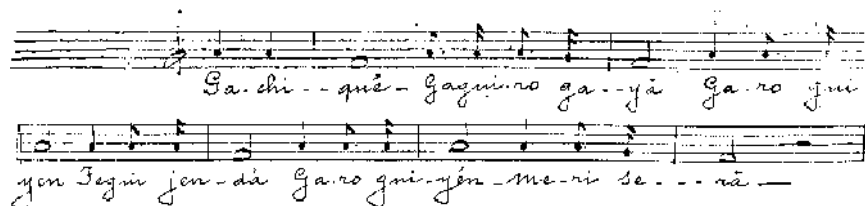
indígena lo puebla. En esa hora propicia a las sugerencias de la superstición, recordé las palabras de Mac-Curdy en su precioso libro sobre antigüedades chiricanas, donde después de rastrear las creaciones mitológicas de los guaymíes en los vestigios de sus artes plásticas, y de aventurarse a bautizarlas con los nombres de dios-loro, dios-caimán, dios-cangrejo, etc., exclama desconsolado: “¡Si siquiera pudiéramos conocer su historia y dar nombres a esos distintos grupos



Ocarinas guaymíes

de deidades, como se ha hecho en Egipto, en Grecia, en México!”
 ¡Qué importante contingente, en verdad, suministraría a la historia de la vida primitiva y filosófica del hombre el conocimiento de los procesos mentales latentes en esas representaciones bimórficas que tantos puntos de contacto presentan con la esfinge, el sátiro y el centauro de la mitología pagana!

El dios-loro de los antiguos chiricanos, sobretodo, con su tronco humano de atributos sexuales bien definidos, que coronaban cabeza y alas de papagayo ¿ no es acaso el presentimiento más admirable de las



creaciones del porvenir? ¿No es, con muchos siglos de anticipación, el símbolo del aviador moderno que ese mismo día revolaba sobre nuestras cabezas en la planicie chiricana consagrada a las expansiones ancestrales de la balsería?

Dolíame yo de la pobreza de mi cosecha folklórica en materia de música vocal indígena, cuando la esposa de don Manuel Aizpurúa que me escuchaba en su casa de El Veladero, donde aquel matrimonio me dispensaba los honores de una hospitalidad espléndidamente chiricana, accedió a dictarme la tonada que un antiguo criado indio suyo solía cantar cuando se acordaba de su amada, y que todos aprendieron en la casa. La línea melódica carece de interés y las palabras no han encontrado aún traductor, pero el ritmo es puramente métrico, casi marcial, y contrasta con todos los ejemplos precedentes.

Un día más de espera en Remedios, y seguía esteros abajo con Juan Quesada, el fiel toga del Sr. Piza, a tomar en Los Morros el vapor *David*, de la Navegación Nacional, que llevaba instrucciones de esperarme en ese punto a las nueve de la noche. De Remedios al puerto bajo pude acomodarme en un *chingo* o *cayuco*, de esos que con sólo suspirar uno amenazan con zozobrar; pero en el puerto bajo de Remedios el boga tuvo caridad de mí y obtuvo el bote de la junta Central de Caminos haciéndome más llevadera de allí en adelante la jornada hasta los Morros. El alivio que con este cambio experimenté, no es para describirse, pero no había llegado todavía el término de mis males. Apenas acababa de acomodarme en el nuevo vehículo cuando espesos nubarrones encapotaron el cielo y un diluvio se desató sin demora. El agua caía, caía sin compasión, una hora, dos horas, tres horas consecutivas, y el boga remaba a dos brazos para luego interrumpirse unos minutos y achicar el bote que casi desbordaba.

Relámpagos y truenos, rayos y centellas, toda la artillería de sitio del Imperio Celestial acompañaba este diluvio interminable que nos calaba hasta los huesos. Así, con los pies metidos en agua hasta las pantorrillas, pensaba yo en Vulcano, Júpiter tonante, Neptuno y los tritones y me preguntaba si los antiguos guaymíes tendrían en su mi-

tología deidades consagradas a la lluvia, al trueno y al rayo para ofrecerles en ese instante algún sacrificio propiciatorio.

Las precauciones de poco valen ante fenómenos naturales de esta magnitud. El paraguas, más que de ayuda y protección, me servía de estorbo, y el impermeable que portaba no me impedía chapotear en el bote en varios palmos de agua. La maleta se habría desleído si no hubiera sido de cuero sólido, y todos los efectos que adentro iban llegaron al vapor tan mojados que mal de mi grado y con gran asombro del Capitán convertí esa noche la borda del barco en un tendalero. Las provisiones de boca nadaban deshechas en las aguas internas del bote y sólo las bebidas embotelladas presentaban todavía alguna utilidad. A las cuatro de la tarde no escampaba aún cuando desembarqué en la Isla de Conejo, deseoso de cambiar de ropa y de tomar algún alimento que no probábamos, el boga y yo, desde las siete de la mañana. En una caja bien acondicionada traíamos seis círculos de *crème de gruyère* envueltos en papel de estaño, regalo de Piza, que con otras provisiones guardadas en vasija de latón habíamos salvado milagrosamente del naufragio pluvial. Pero en el bohío que nos hospedó había una cría de cerdos que aprovechó los momentos en que mudaba mi ropa interior para destapar los recipientes y cargar con todo el bastimento en los hocicos. ¡Hasta unos “huevitos de faltriquera”, harto sabrosos, que con una cajeta de “bien-me-sabe” traje a lomo de caballo desde El Veladero de Tolé, en recuerdo de mis amigos aizpurúas, desapareció también en las trompas voraces de esos... cochinos! Por último, tomando la cachimba de piedra que obtuve de los indios de Calabazar por otro “huevito de faltriquera” de esos que sin duda halagaban mucho los paladares porcinos, el macho más joven de la cría la descubrió en las interioridades de la valija, la sacó a flote cual si hubiera sido una trufa y la sepultó cuan dura era en las profundidades de su vientre. Así pereció este espécimen único de la escultura guaymí que con tanto celo guardaba y que después he reconstituido de memoria recordando que en mis mocedades solía manejar el lápiz del dibujante a la sombra y amparo de mi amado padre q. e. p. d. (Ver pág. 184).

NARCISO GARAY

A las seis de la tarde en punto nos estacionamos en un recodo del estero desde el cual podíamos divisar las luces del *David* cuando hiciera alto en Los Morros con rumbo a Panamá. Esto no ocurrió sino a las ocho y media de la noche y hasta entonces fueron casi tres horas adicionales de un constante llover, tronar y relampaguear, durante las cuales perdí del todo y con creces el beneficio de la mudanza de ropa en la Isla de Conejo. Ni el paraguas, ni el impermeable respondían ya a sus nombres ni al objeto para que habían sido fabricados; a través de ambos se colaba el agua como si fueran hechos de tejido común.

Lo demás del viaje no vale la pena de consignarse aquí.